

¡SÓLO MI CEREBRO!

JOHNNY GARLAND



¡SÓLO MI CEREBRO!

JOHNNY GARLAND

¡Sólo mi cerebro!

Colección ESPACIO

¡Sólo mi cerebro!

por

H. S. Thels



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

DEPÓSITO LEGAL B. 5.180 - 1960

Núm. De Registro: 1.062- 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, Barcelona

¡SÓLO MI CEREBRO!

Era un extraño en mi propio mundo... ¡Un náufrago, cercado por seres humanos!

Yo caminaba entre la bruma; por las calles lluviosas.

Todo parecía igual. Como cada, día en Londres, desde Piccadilly a Mayfair, desde el Strand a Soho... Pero no era así.

¡Yo era el único que lo sabía, el único ser viviente capaz de avisar al mundo!

Y no podía.

No podía, porque en la gran

urbe de diez millones de habitantes, aquel frío mes de diciembre del año 1992, estaba…



CAPÍTULO PRIMERO

EL ÉXITO DEL DOCTOR DAWNS



ABALLEROS, mis experimentos han tenido un final feliz. Solamente serán precisos unos últimos toques y la droga estará conseguida.

—Pero ¿una droga para qué, doctor? — preguntó el doctor Travers.

—Eso de momento debe permanecer absolutamente en secreto entre mi ayudante, la doctora Ada Marlin y yo.

— ¿No cree que si la Fundación financia sus experimentos, tiene derecho su Consejo Directivo a saber lo que está haciendo, doctor Dawns?

Ahora era el rígido y agrio profesor Kramer el que hablaba. Algunas cabezas asintieron, en 1a larga mesa de la Junta Superior de la Fundación Rockway de Londres.

Montgomery Dawns respiró con fuerza. Estaba habituado a las dificultades. Acaso la de aquel grupo de doctores y profesores que regían el perfecto funcionamiento de la fundación médico-quirúrgica más importante de Europa era la más difícil de vencer.

—Profesor Kramer, sabe usted bien que a veces se impone el más riguroso secreto profesional en ciertos temas...

—Nosotros somos colegas suyos — cortó con frialdad Kramer —. Y no sólo eso. Con el dinero que nosotros administramos, ha trabajado usted a sus anchas a lo largo de dos meses. ¿No cree que debería, al menos, referirnos la directriz principal de sus intenciones, lo que en consecuencia busca?

— ¿Es absolutamente preciso?

El tono de Monty se hizo más duro. Clavó sus fríos ojos tras los lentes, en los hombres reunidos ante él.

—Sí, doctor Dawns — asintió Travers, secretario de la Junta Directiva—. Lo lamentamos mucho, porque sabemos de su prestigio y de su magnífica personalidad científica, a pesar de su extrema juventud. Pero la Fundación y sus normas nos obligan a pedirle esa aclaración... o quedará automáticamente rechazada su petición de un mes de nuevos experimentos en los laboratorios de la Fundación, a nuestra costa.

Montgomery Dawns no dijo nada de momento. Su rostro fuerte, juvenil, bronceado y enérgico, con el brillo acerado de sus ojos tras los cristales, no muy gruesos, de sus gafas con montura de acero, pareció

desafiar unos momentos a sus interlocutores.

Se pasó una mano por los abundantes, crespos cabellos castaños, ondulados y en desorden. Luego hizo solamente dos cosas.

La primera, recoger su cartera de mano, que reposaba ante él, sobre la mesa. La segunda, dirigirse a la muchacha de blanco uniforme y seria expresión sentada a su lado, con el cabello oscuro recogido detrás sobriamente.

—Vamos, doctora Marlin — dijo con voz seca—.. Ya ha oído a estos señores. La Fundación ha terminado para nosotros... Buenos días, caballeros, y gracias por todo.

Hecho a andar, con su alta figura de cintura enjuta y anchos hombros, más parecida a la de un deportista que a la de un científico. Le siguió, en silencio, la doctora Ada Marlin.

— ¡Un momento! — aulló el profesor Kramer, incorporándose de un salto —. ¿Es que se na vuelto loco?

—Posiblemente — sonrió duramente Dawns, mirándole de través —. A veces me dan ataques así, profesor Kramer. Cuando rae encuentro con la incomprensión, la intolerancia y la falta de humanidad necesaria en nuestro trabajo, me siento capaz de todo. Incluso de borrar la cara a puñetazos al que se ponga delante. ¿Va a dejarme salir ahora, profesor Kramer?

— ¡Esto... esto es inaudito!—-tartajeó el profesor, echándose atrás —. ¡Tiene la obligación de... de dar un informe previo a la Fundación, decirlo que ha estado haciendo en sus laboratorios, doctor Dawns! ¡Ni siquiera un advenedizo sin experiencia puede deslumbrarnos con sus éxitos espectaculares e ignorar las normas de esta, casa!

—El informe de mis tareas está ya entregado al Jefe de Laboratorios — dijo fríamente Montgomery Dawns, apretando los puños—. Es a todo lo que estoy obligado como adherido a esta Fundación durante dos meses, en plan de estudios. Pero si yo soy un advenedizo sin experiencia, al menos he obtenido éxitos espectaculares, como usted los califica, profesor Kramer. ¡Y eso es mucho mejor que envejecer sin haber hecho otra cosa útil que llegar a regir un Centro como éste, sólo por buenas amistades y labor de zapa!

— ¡Doctor Dawns! — chilló Kramer, descompuesto—. ¡Le... le demandaré por esos insultos... ante testigos!

—Haga lo que quiera — rio el joven médico, abriendo la puerta de la sala de juntas. Hizo pasar a la doctora Marlin. Luego salió él, después de decir a los demás-—: Caballeros, lamento esta escena por ustedes. Sepan disculparme...

Salió y cerró suavemente. Kramer regresó, jadeante, a la larga mesa de sesiones. Travers suspiró, incorporándose lentamente. Alguien

opinó:

—Ese médico, aunque joven, es una eminencia en materia mental. No debimos dejarle partir, sólo porque se empeñara en conservar secretos sus experimentos hasta el logro total. Tal vez sabía lo que se hacía...

El consejero que así aventuró su opinión, enmudeció al ver fija en él la mirada irritada de Kramer. Éste dio un golpe con el puño sobre la pulida mesa, recogió su cartera y rezongó:

—Señores, queda levantada la sesión. Publiquen en el boletín de la Fundación que el doctor Montgomery Dawns no podrá volver jamás a utilizar las instalaciones de nuestro centro en labor alguna, ni será admitido en este edificio.

Nadie objetó nada. Pero a muy pocos satisfizo la actitud intransigente del profesor Kramer.

* * *

— ¿No le parece que ha estado demasiado belicoso, doctor?

Monty Dawns miró de soslayo a su acompañante, dentro del largo y aerodinámico automóvil de propulsión nuclear, que circulaba velozmente por las calles húmedas de la capital londinense, sin tocar el asfalto con sus flotadores aéreos de gran celeridad. Taxis aéreos se cruzaban con ellos en la neblina, rasgada por los faros de luz infrarroja.

Las grandes marquesinas y los enormes edificios centelleantes del Londres de fines del siglo XX eran como fantasmas luminosos en la bruma pegajosa y densa. Los reactores de los automóviles aéreos, dejaban su estría de humo blanco, mezclándose a los girones de niebla que todo lo envolvían.

—Doctora Marlin, usted sabe que iba a referirles la idea primordial de mis experimentos — dijo con voz sorda Monty Dawns, con la mano apoyada en el conductor automático de su reactor-móvil —. Pero Kramer me irritó.

—Siempre tan impulsivo — sonrió ella, mirándole abiertamente —. ¿Le parece bien para un hombre de ciencia, sosegado y correcto?

—No, no me parece bien — rio él—. Pero ocurrió así. ¿Qué quiere hacerle?

—Ya nada — suspiró la doctora. Alisó la faldita de su corta bata plástica sobre los muslos, y comentó —: ¿Ahora qué va a ocurrir, doctor Dawns?

—No sé. Supongo que tendré que acudir al profesor Ludowick otra vez.

— ¿A ese viejo chiflado y maniático? ¡Le arrojará de su casa, doctor!

—Correré el riesgo. Quiero terminar mis experimentos. Y solamente en la Fundación Rockway o el profesor Ludowick poseen laboratorios especialmente dotados para los trabajos de mi tarea, doctora. Usted lo sabe.

—Claro que lo sé. Doctor Dawns, ese primer éxito en las pruebas con animales, ¿cree que resultará con los seres humanos? ¿Le será factible llegar a...?

—Chist, no hable — sonrió Monty Dawns, con un brillo de advertencia en sus ojos grises y astutos—. Recuerde: absoluto silencio por ahora.

— ¿También dentro de su coche es preciso guardar silencio?

-—También, Los tele-espías pueden llegar a cualquier sitio. No me gustaría que captaran nuestras voces y supieran lo que andamos buscando. Les pondría en guardia.

—Pero si realmente existen los «telépatas». ¿No cree que podrán leer perfectamente nuestros pensamientos, aun sin recurrir a las palabras, a los sonidos?

—No. Para ello tendrían que someternos a un interrogatorio mental. Aunque no respondiéramos de palabra, sería lo mismo, porque los «telépatas» nos arrancarían la verdad por los reflejos de la mente. Es su sistema para hacer chantaje, para extorsionar y para vender secretos de Estado a otros países. Así obtuvieron los planos del proyectil espacial a Marte, así lograron descubrir el combustible iónico para los cohetes a Júpiter y Saturno del pasado año. Son organizados, están en todas partes y constituyen un serio peligro para todos.

—La Policía Espacial de la Comunidad Europea espera localizar a algunos agentes de la organización de «telépatas» y espías mentales, para desarticular la banda. Lo han dicho los boletines radiotelevisados de esta mañana...

— No se fíe. Todo son esfuerzos sin resultado. Golpes en la sombra, buscando a esa gentuza que parece filtrarse en todas partes y saberlo todo. Fue una gran desgracia el hallazgo del «mento-radar», por el profesor Higgins, en mil novecientos setenta y cinco. De ahí partieron los males, empezando con la muerte del propio profesor, a manos de su auxiliar favorito, el doctor Budgett.

—Conozco la historia. Budgett, entonces, vendió el sistema de «mento-radar» a una poderosa organización internacional de delincuentes de alto nivel.

Y ellos, con ese captador de ondas mentales, comenzaron su tarea

de extorsionar, espiar y robar secretos importantes, obteniendo de todo ello verdaderas fortunas.

—Así es — suspiró el doctor Dawns, mirando en torno, a la luminosidad fulgurante de Londres, entre la niebla—. Con todos los progresos de nuestra Era, a punto de cruzar ya las fronteras del año dos mil, tenemos que lamentar que la delincuencia siga igual, y que la policía continúe impotente para combatirla. En Inglaterra y fuera de ella.

— ¿Me puede dejar en Charing Cross, doctor?—preguntó ella tras una pausa —. He de hacer unas compras antes de que cierren los almacenes.

Él asintió:

—Sí, naturalmente. ¿En el aero-aparcamiento sur?

—Sí, ahí mismo, gracias. ¿Usted qué va a hacer entretanto?

—Visitar al profesor Ludowick. Arrostraré la tormenta... y la llamaré mañana por el telefonovisor a su casa, sobre las doce del mediodía, con el resultado de mí intento. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, doctor Dawns — sonrió ella.

Descendió en Charing Cross. Se quedó su figura esbelta, airosa, en el circular, luminoso, sostenido por invisibles columnas magnéticas a varias yardas sobre el nivel del asfalto de Charing Cross, en tanto el reactormóvil del doctor Dawns reanudaba la marcha, en dirección ahora a Piccadilly.

Desde la cabina, el doctor agitó, su mano hacia la joven y bonita doctora Marlin, su eficaz auxiliar en los experimentos que iban camino del más halagüeño éxito, a pesar de todas las dificultades.

Ella respondió al saludo. Descendió de la plataforma aérea de parada de vehículos y se puso a caminar por las amplias aceras del Nuevo Charing Cross, edificado en 1970, cuando la total renovación urbanística del mundo, gracias al descubrimiento de las materias plástico-constructivas y plasto-luminosas, de la industria americana.

En veintitantos años el mundo y sus más importantes capitales habían sufrido aquella transformación asombrosa. La aplicación de la energía atómica controlada para usos pacíficos, como vehículos, viviendas, calefacción y energía en las fábricas, había sido el otro paso de gigante en el progreso del mundo.

Pensaba la doctora Marlin en todo eso, cuando se detuvo ante los Grandes Almacenes Charing y sus deslumbrantes escaparates que, con iluminación especial infrarroja, mezclada a la claridad habitual, disipaba la niebla y permitía la perfecta visibilidad a los presuntos compradores que se detenían a adquirir sus productos allí, o a buscar

lo requerido por sus necesidades.

Ella siempre hacía sus compras en aquel punto de la ciudad. Se detuvo tan sólo un momento ante los escaparates. Luego comenzó a caminar hacia sus puertas, desde las que las bandas metálicas móviles del interior, conducían al público de sección en sección, pudiendo comprar todo, sin dar un solo paso.

No llegó a cruzar el umbral del gran establecimiento londinense. Un taxi aéreo descendió bruscamente, fuera de su altura de reglamento, lo cual provocó los gritos airados de algunos transeúntes. El taxi a reacción, de forma ovalada, plana, silbó estridente junto a los Almacenes Charing. Se detuvo en el aire, al lado de la doctora Marlin.

Ella se volvió, sorprendida y alarmada. No pudo hacer más. La portezuela del taxi aéreo se abrió, unos brazos salieron y la aferraron con violencia. Fue introducida en el vehículo, y éste arrancó vertiginosamente, tomando altura, para pasar sobre los discos luminosos de aparcamiento, en tanto que el silbido de los reactores ahogaba el grito desgarrador de la víctima de aquel rapto.

Algunos testigos de !a escena corrieron al agente de servicio en el cruce de vías para peatones. Éste avisó a las patrullas aéreas de la Policía Metropolitana.

La búsqueda del taxi secuestrador se inició. Pero con muy escasas esperanzas…

CAPÍTULO II

¡SECUESTRADO!



L profesor Serge Ludowick irguió su leonina, blanca cabeza de crespos cabellos. Sus ojos color de ámbar se clavaron en el visitante, entre sorprendidos y furiosos.

— ¿De modo que vuelves?— aulló—. ¿El terco, orgulloso y deslumbrante doctor Dawns se permite humillarse, hasta el punto de volver a casa do su viejo maestro, el profesor Ludowick, con las orejas gachas y el aire del arrepentido?

—Más o menos... sí, profesor — asintió Monty, dominando su enfado por la forma de expresarse del sabio — Vuelvo, y le pido perdón.

— ¿Humildemente? — apuntó, irónico, el sabio.

—Humildemente — afirmó Dawns, cada vez más tenso e irritado.

—Bien, bien — empezó a mirarle como a un bicho raro, dando vueltas en torno suyo. Lo mismo que si Ludowick fuera un león, estudiando la forma de saltar sobre su presa e hincarle el diente en el sitio más jugoso—. El superhombre vuelve, todo humildad y reconocimiento para sus culpas. El grande, joven y audaz doctor Dawns, asombro de la Medicina moderna, regresa, manso y vencido, a pedir nueva protección a su viejo y chiflado maestro, ¿no es así?

— ¡No, no es así!—Monty se descompuso, incapaz de soportar más. Era superior a lo que admitían sus energías impetuosas—. ¡Escuche, viejo carcamal! ¡No estoy arrepentido de haberme emancipado, buscando la gloria lejos de usted! ¡Le admiro y sé que no hay otro en el mundo como Serge Ludowick, mi maestro! ¡Pero no quiero ser el alumno de Serge Ludowick, sino el doctor Dawns, bueno o malo! ¡Le abandoné para independizarme, y puedo seguir independiente! ¡Pero he solicitado ayuda a la Fundación Rockway, y después de dos meses allí, me han negado nuevas concesiones, si me negaba a mi vez a informarles detalladamente de mis experimentos más secretos! ¡Por eso he venido! usted tiene el mejor laboratorio de Londres, de Europa entera. Le necesito. Esa es la verdad, profesor. Ahora, como conozco de sobra lo que me va a responder... ¡buenas noches!

Se encaminó a la puerta. Estaba ya junto a ella, con una mano en el pomo, cuando sonó la voz ronca, autoritaria y firme del profesor:

— ¡Espera ahí, maldito cabezota! —rugió—, ¡Esa es la forma en que me gusta oírte hablar! ¡Es cuando eres sincero y leal, condenado

superhombre!

Avanzó a grandes zancadas hacia Dawns, que se había quedado inmóvil. Se encaró con él, crispado el rostro, bajo la leonina melena blanca, agitó una mano larga y nervada, y aulló, señalándole acusador:

— ¡Sigues siendo obstinado, terco, orgulloso y necio! ¡Pero prefiero que seas así a que me vengas con falsas Hipocresías, Montgomery Dawns, medicucho del diablo!

—Muy reconocido a su sinceridad, profesor. Ahora, buenas noches y...

— ¡He dicho que te esperes!—silabeó rabiosamente Ludowick—. ¡Sé que estás buscando algo, aunque el diablo me lleve si sé lo que pueda ser! Yo... yo soy un imbécil, en medio de todo. Porque debería echarte de mi casa a patadas... Pero no puedo. ¡No puedo, infiernos! En fin, Dawns, puedes quedarte...

El joven médico sonrió. El centelleo de la luz sobre los cristales de sus gafas disimuló el brillo emocionado de sus pupilas, inclinó la cabeza y dijo simplemente:

—Gracias, profesor. Muchas gracias...

* * *

Ada Marlin contempló a sus raptores desde la silla donde había sido aferrada, por ligaduras metálicas y flexibles, sumamente duras.

— ¿Y bien? ¿Por qué me han raptado? ¿Qué esperan obtener de mí? ¿Un buen rescate?

Fingía absoluto desparpajo. Pero en el fondo estaba asustada. Sabía que no era esa la razón del secuestro, no podía serlo. ¿Por qué, entonces...?

— ¿Rescate? — uno de los hombres se echó a reír. Vestía un traje azul, de fibra plástica, como tantos otros. Su aspecto era vulgar. Ni el de un caballero, ni el de un rufián, aunque fuese más esto último que lo anterior—. No, preciosa. Es usted una chica bonita y muy joven. Pero no esperamos que nos den mucho por usted. Los científicos nunca han tenido un gran valor económico, ¿no cree?

Ella apretó los labios. Sabían quién era, y, sin embargo, no parecían decepcionados por ello. Eso era malo. Muy malo. Si no había interés monetario... ¿qué buscaron al verificar aquel audaz rapto, en pleno Charing Cross?

—Bueno, ¿qué esperan entonces? ¿Qué Papá Noel les premie su acción?,— se mofó.

Pero el otro no soltaba prenda. Soltó una breve risotada,

encogiéndose de hombros, y manifestó finalmente:

—Es posible que sí, preciosidad. Es hermoso tener ideas así…

En aquel momento se deslizó la puerta neumática del apartamento en que la tenían encerrada. No sabía dónde se hallaba exactamente, pero por la dirección emprendida por el taxi robado en que la raptaron, le produjo la impresión de que debía de hallarse en Chelsea o un lugar inmediato.

Entró otro nuevo personaje. Era un tipo notable. Con una cabeza enorme, superdesarrollada, de gran encéfalo, hinchadas sienes y cráneo calvo, con las venas muy marcadas bajo la repulsiva piel translúcida. Tenía, ojos claros, rostro anguloso y sumiso. En conjunto era tan repelente como inquietante.

Vestía un traje plastificado, ceñido a su figura esquelética, y totalmente negro. Se quedó mirando a la cautiva desde la entrada, con expresión malévola.

—Es la doctora Ada Marlin — dijo lentamente—. Trabajaba en la Fundación Rockway, de Física Nuclear, Química y Medicina. Tiene veintidós años. Ayudaba al doctor Montgomery Dawns en sus experimentos.

— ¿Experimentos? ¿De qué, «Tele-Cerebro»? — preguntó el guardián de la muchacha.

—Experimentes sobre algo… algo que parece relacionado con la mente humana…—suspiró el hombre del cerebro superdesarrollado, y apartó los glaucos ojos de ella—. No sé. Ella no quiere decirlo. Se encierra en un circuito negativo. Sus ondas cerebrales no quieren emitir claramente. Está adiestrada especialmente para rechazar cualquier «psico-test» o «encéfalo-test», Parker.

El llamado Parker, el tipo del traje azul, enarcó las cejas. Estudió con asombro a la prisionera, y preguntó:

— ¿Es posible eso, «Tele-Cerebro»?

—Sí, es posible. Ella sabe lo que soy, y cómo averiguo sus datos exactos. Ha provocado el silencio de su mente con un esfuerzo de voluntad. Se requiere mucha práctica. No pensar en nada., aislarse por completo…

— ¿Y qué remedio hay para que sigas leyendo en su mente? — le apremió Parker.

—No sé. Depende de su resistencia físico-mental. Volveré luego. Sí no logramos nada, buscad a Dawns. Ese médico tal vez sea más explícito. No sé por qué me preocupa esto, Parker… ¿Por qué no hablas al jefe? Debe saber lo que ocurre.

— ¿Pero qué es lo que ocurre? ¿A qué viene esa alarma?

—A algo muy peligroso, Parker. Si ese médico estudia cuestiones de la mente humana y tiene adiestrada a su auxiliar contra «telépatas» como yo... ¡es que ha previsto nuestros métodos, y los combate! ¿Por qué puede desear combatirlos? ¡Porque sus trabajos nos afectan a nosotros! Urge que avises al jefe, Parker. No pierdas tiempo...

—Si tú lo dices... — el otro se encogió de hombros —. Le daré aviso en seguida. Pero si le alarmas en vano té sacará la piel a tiras. Y a mí, por molestarle.

—No te importe. Hazlo. Ya verás cómo nos lo agradece...

Salieron los dos, cerrándose la puerta neumática tras ellos. La doctora quedó sola. Muy pálida, respiró con fuerza y se removió en vano entre las ligaduras metálicas que la oprimían. Éstas no cedían fácilmente.

Procuró volver a normalizar el curso paralizado de sus pensamientos. Cuando Dawns la enseñara en el laboratorio, en fatigosos y largos períodos, a detener el curso de sus ideas y reflejos mentales, logrando abismarse en un vacío total, sin pensar en nada, le parecía absurdo y sin utilidad. Ahora comprendía el acierto del joven médico. En cuanto vio al hombre del cerebro superdesarrollado adivinó en él a un «telépata» profesional de aquellos terribles delincuentes de la mente humana, capaces de arrancar los mayores secretos sin una violencia, sin un interrogatorio duro. Simplemente con enviarle sus potentes ondas cerebrales, que captaban las propias, como respuestas precisas, matemáticas y sinceras a todas sus interrogaciones.

Dawns estaría orgulloso de ella, si pudiera verla. Pero eso no iba a ser fácil, ni mucho menos. Agitó sus lindas piernas, tratando de desasirse en vano. A cada movimiento, lar ligaduras de metal se enroscaban con mayor fuerza a ella.

Si pudiera avisarle…, darle cuenta de que ellos sospechaban, de que intuían algo de lo que el joven médico estaba investigando... Aquellos hombres serían capaces de aniquilarle, si llegaban a alcanzar la verdad de sus experimentos secretos...

— ¡Oh Dios!— musitó la joven y bella doctora Marlin, luchando con su cautiverio inevitable—. ¿Cómo podría advertirle del peligro que corre...?

A través de la puerta neumática le llegó el sonido de voces. Sin duda, alguien utilizaba el telefonovisor. Y una voz, la del llamado Parker, era audible opaca, pero inconfundiblemente:

—...Sí, jefe... Se llama Montgomery Dawns y es médico. Está investigando ago... Algo que nuestro «Tele-Cerebro» dice que puede ser sumamente peligroso... sí, jefe... Claro, jefe... Le esperamos...

Se cortó la comunicación, y las voces se hicieron más ininteligibles, Ella inclinó la cabeza, abatida. No podía advertir a Monty..., y el peligro se cernía ya sobre él, aunque el joven doctor lo ignoraba por completo.

* * *

Monty colgó el receptor, intrigado. De la pantalla visora se borró la imagen de la telefonista del edificio Brockfield.

—La señorita Marlin no está en su apartamento. No ha vuelto a dormir — le habían dicho.

El informe era inquietante. El joven médico se vistió rápidamente. Descendió a la planta baja de la vivienda del profesor Ludowick y rechazó el desayuno que éste le ofrecía.

— ¡Diablo! ¿Qué te ocurre ahora, Dawns? — farfulló el sabio, irritado.

—Mi ayudante, la doctora Marlin, no está en su domicilio. No ha ido en toda la noche...

— ¿Es joven y bonita?

—Pues... sí.

—-¿Y eso te sorprende? — el profesor se llevó las manos a la cabeza—. Vamos, mi querido Dawns, por muy científico que seas, no creo olvides los factores humanos...

—Sé a dónde va a parar, profesor. Le aseguro que mi ayudante no es de esas. Si no ha vuelto a casa, le ha ocurrido algo.

— ¡Seguro! — rio Ludowick, malicioso—. ¿Por qué no miras los boletines impresos del telenoticiario? Acaso encuentres detallas de un terrible accidente...

Monty, tras dirigir al sabio una mirada de ira, ponderó su consejo. Aunque dicho en son de mofa, era digno de considerar seriamente. Avanzó hacia el aparato de grabación teleradiada. Pulsó el botón. Las noticias de la noche anterior comenzaron a desfilar con rapidez, proyectadas sobre la reducida pantalla azul.

«Choque de dos turbo taxis en Soho»... «Incendio en la Ruta 52, sobre el Támesis». Un asesinato en Whitechapel. Asesino capturado por electro investigación rápida de Modern Scotland Yard»... «Una joven desconocida secuestrada por taxi robado, en Charing Cross al atardecer»... «Suicidio en...»

¡Charing Cross! Rápido, giró atrás la marcha del telenoticiario impreso. Apareció de nuevo la noticia del secuestro. Basto marcar otro botón, para que apareciera la ampliación correspondiente sobre la pantalla iluminada.

No habla sido identificada la mujer que raptaran, pero su descripción coincidía. Bata corta, blanca, malla plateada en las piernas, zapatos blandos, color gris plomo. Iba a entrar en los Almacenes Charing cuando la raptaron.

Estaba seguro de que era esa noticia. Reflexionó rápidamente. Los delincuentes la habían raptado. Eso significaba que, de un modo u otro, sospechaban algo. Luchar con seres como los telépatas tenía esos inconvenientes.

Siempre se enteraban de todo, se filtraban por todas partes...

— ¿Qué será da Ada? — pensó con temor, frunciendo el ceño—. ¿La interrogarán mentalmente?

Seguramente sí, si eran los que él suponía. Y en ese caso, aparte la suerte que pudiera correr la doctora Marlin… él mismo estaría en peligro inminente. Porque no esperaba que Ada resistiera totalmente las pruebas de unos hombres superdotados para leer en la mente ajena.

— ¡Me marcho, profesor!—gritó, camino de la puerta.

— ¿Eh? ¿Es que has encontrado algo de interés en ese chisme? — señaló al telenoticiario.

—Creo que sí. He de ver a la Policía, profesor. Volveré en seguida.

La puerta de la vivienda se cerró tras el apresurado Monty Dawns. El profesor Ludowick refunfuñó cuando estuvo a solas:

— ¡Este endiablado Dawns! Cada vez está más loco. Claro que, a lo mejor, cuando tanto se preocupa por esa joven doctora... es que hay algo más que una simple colaboración profesional entre ellos.

Rio maliciosamente, meneó la cabeza de un lado a otro, con aire de reproche, y se sirvió el desayuno, que empezó a deglutir sin aguardar a nadie.

* * *

El doctor Monty Dawns abandonó Modern Scotland Yard desalentado y con expresión huraña.

Nada se sabía acerca del paradero de la joven secuestrada en Charing Cross. Ahora, con sus informes, la Policía iba a extender nuevos boletines informativos, ampliando su descripción para facilitar cualquier labor identificadora.

Pero Dawns no confiaba en eso de momento. Si su teoría era cierta, la joven estaría secuestrada, oculta en alguna parte da aquella ciudad. Y buscarla en Londres, con su nueva ampliación y su denso número de habitantes, significaba mucho más que la consabida aguja

en el pajar del refrán.

Se lanzó a caminar, desechando los taxis aéreos y otros medios de transporte rápidos. Alcanzó Charing Cross. Se detuvo ante los escaparates e imaginó como se había efectuado el rapto.

Estudió, ceñudo, los blancos edificios del ultra-moderno Londres, de sus avenidas amplias y sin vehículos rociados, solamente recorridas por peatones, en tanto los aeromóviles surcaban sus espacios, a una altura superior a los pisos ocho o diez de cada vivienda, en rápido crucé, dejando a sus espaldas el humo de los reactores.

Pero todo aquello no podía revelarle el enigma del paradero de Ada Marlin, su eficaz e inteligente auxiliar. Quienes la raptaron, por qué motivos y a dónde podían haberla conducido eran tres incógnitas que no podía desentrañar con la simple inspección ocular del punto del suceso.

Comprendió que allí nada podía hacer.

Lentamente, abatido, se retiró de aquel lugar. No advirtió que un hombre le seguía, cuando caminó por la ancha acera, hacia Holborn.

Aquel hombre tenía una cabeza desmesuradamente grande, bajo el sombrero flexible de materia plástica gris oscura, y un traje negro, bajo la gabardina clara. Los glaucos ojos se fijaban en la nuca de Monty Dawns insistentemente como queriendo captar su voluntad, sus pensamientos, que llegaban al cerebro superdesarrollado del seguidor en oleadas intensas y nítidas.

Pero eso el joven médico no podía advertirlo.

Por ello, cuando cruzó junto al antiguo Drury Lane, ahora convertida en vía de los grandes circos y superteatros de la moderna Era mundial, estaba totalmente indefenso ante cualquier ataque.

Y el ataque se desencadenó de las alturas.

Un coche oscuro, centelleante, de sibilantes turborreactores urbanos, descendió, cerrándole el paso. Instintivamente, Dawns se volvió en redondo. Otro coche, éste de color blanco, sin matrícula, contraviniendo así las rigurosas, órdenes existentes al respecto, le cerraba la salida por atrás.

Dawns comprendió que le habían acorralado. Del coche oscuro brotaron dos hombres. Del blanco fueron tres, todos ellos enmascarados con caretas plásticas avanzaron hacia Dawns.

El médico pareció petrificado. Pero cuando le dieron alcance los dos primeros, sus fuertes puños de atleta entraron en acción. Aquel hombre provisto de lentes demostró que éstos no le molestaban en absoluto para combatir como un auténtico titán.

Los impactos de sus puños lanzaron a los dos hombres por los

aires, corno simples marionetas, tras el escalofriante crujido de sus nudillos en las enmascaradas mandíbulas.

Un tercer adversario juró entre dientes, levantando una barra metálica para descargarla sobro la nuca de Dawns y derribarle. El joven doctor dio una vuelta vertiginosa, imprevista por completo, a su cintura. Ello provocó el mazazo del hierro en el aire, la pérdida de equilibrio de su atacante. Y un directo brutal al hígado, disparado por la potente diestra del médico, le dobló, derribándole estrepitosamente.

El cuarto enemigo se lanzó, en atlética zambullida, contra sus piernas, las aferró con violencia, derribándole. Pero también él cayó..., y Monty disparó sus piernas, tras una ruda flexión, soltando un doble puntapié al rostro y mandíbula de su enemigo, que le soltó, rodando con un gemido por tierra.

Solamente quedaba el último, el quinto hombre. Pero éste fue más práctico que sus otros cuatro compinches fácilmente aniquilados por la fuerza física formidable de aquel luchador que era Monty Dawns.

Empuñó una pistola de gases narcóticos y disparó un chorro de amarillo humo líquido sobre el rostro de Dawns. Éste descubrió la naturaleza del disparo, y quiso evitar sus efectos letales, conteniendo la respiración. Pero era tarde. Ya el efecto adormecedor del gas, evaporado en humo nada, más tocar su faz, le nublaba la vista, le hizo toser espasmódicamente, con un sueño profundo, que cerró sus párpados, le aniquiló los músculos y nervios... y acabó sepultado en una oscuridad muelle y pegajosa.

— ¡Ya está! —el que disparara se inclinó velozmente, cargándole sobre su hombro, y corrió hacia el coche oscuro, en cuyo interior lo arrojó sin miramientos, subiendo luego él a su bordo.

El que estaba sentado al volante automático, y se disponía ya a intervenir en la pugna, ante la inutilidad de tanto adversario frente a Dawns, cerró la portezuela neumática y puso en marcha los reactores. El aeromóvil emprendió veloz carrera tras los atrevidos secuestradores.

Del coche blanco brotaron dos hombres más que acudieron a los derribados por los puños de Dawns, cargándolos en el vehículo, que también partió, tras las huellas del otro,-mucho antes de que las sirenas da las aeropatrullas policíacas comenzaran a ulular cerca del lugar del suceso.

CAPÍTULO III

MENTE EXTRAÑA



ONRÍENDO, el monstruoso «Tele-Cerebro» dijo:

—Ya tenemos a los dos.

— Se frotó las huesudas manos, mirando con los glaucos ojos penetrantes a los prisioneros—. El jefe estará contento...

—Sí, muy contento— asintió despacio Parker —. No tardará en venir. Tenemos que saber lo que anda buscando Dawns. ¿No puedes tú sonsacarle un poco...?

—Imposible — declaró «Tele-Cerebro», contrariado—. Está tan habituado como su auxiliar a practicar ese sistema de aislamiento mental. No resiste muchas horas, pero las que resiste evita toda lectura de su cerebro... Es una endiablada gimnasia mental, muy habilidosa. Pero inútil a la larga. Cuando la fatiga les venza sabremos lo que el doctor Dawns y su bonita ayudante han estado persiguiendo, primero en los laboratorios de la Fundación Rockway... y ahora en los del profesor Ludowick.

—Deseo por ti y por mí que tengas razón, «Tele-Cerebro»— refunfuñó Parker—. El jefe quiere resultados. Rápidos y prácticos.

Dice que Dawns busca algo para contrarrestar nuestro sistema de información. ¿Tú qué crees?

—No sé — el hombre del cráneo desarrollado se encogió de hombros—. Tal vez haya dado con una droga para estimular la resistencia mental a su lectura… o algo peor aún. Estos científicos siempre tienen que estropearle a uno el medio de vivir.

Y, tras su cínica expresión, dicha acaso con la mejor buena fe, se dirigió a la puerta. Entonces sonó el teléfonovisor. Parker acudió a él rápidamente. El «Tele-Cerebro» esperó, por si había nuevas noticias. Y las había.

En la pequeña pantalla azul del teléfonovisor apareció la faz del jefe. Hablaba rápido, tajante, anta los micrófonos.

— ¡Cuidado, Parker! Te aviso urgentemente, antes de que sea demasiado tarde. Sin duda, el profesor Ludowick ha denunciado la desaparición de Dawns y su posible significado en relación con nosotros, el organismo de «telépatas». Los técnicos de Modern Scotland Yard, en combinación con el Ejército Metropolitano, han puesto en funcionamiento «cerebros electrónicos» para localizar a Dawns y a la doctora Marlin. ¡Si captan sus ondas mentales estamos perdidos! ¡Localizarán nuestro refugio y los rescatarán!

—Descuide, jefe. Les introduciremos, en la cámara del «vacío mental». Las paredes del «vitrofil», aisladas a toda onda magnética o electrónica externa, les mantendrán al margen de esa búsqueda, dure las horas que dure. ¡Nunca darán con ellos, jefe!

—Está bien, Parker. Hazlo, y rápido. A la cámara del «vacío mental» en seguida…, y esperad mi llegada. Iré en cuanto haya pasado el peligro policial.

—Sí, jefe — cerró el receptoremisor. Se borró de la pantalla la imagen del interlocutor. Se volvió al «Tele-Cerebro»—. ¡Ya has oído, cabezota! ¡Adentro con esos dos, en la cámara de «vitrofil»! ¡Nadie debe localizarles, use el detector que use!

— Bueno, Parker — suspiró «Tele-Cerebro» de mala gana—. Esto lo veo mal. Cualquier día acabarán cazándonos, si la Policía progresa tanto en medios técnicos…

Parker atajó:

—Anda, no seas mal agorero y ayúdame. Hay que meter a esos dos en la cámara, hasta que pase el peligro…

«Tele-Cerebro» siguió dócilmente a su compinche de delitos.

* * *

La misión de K-152 no era fácil.

Aquellos seres podían no ser tan fáciles de dominar como los coordinadores suponían. Parecían listos. Y rápidos de reflejos. Muy nerviosos, muy intelectuales.

Les observó.

Le era muy fácil leer sus pensamientos, traducirlos en décimas de segundo, adaptarlos a su propia mente.

Les llamaban terrestres. Este era el planeta Tierra. Formaba parte de un grupo de mundos llamado Sistema Solar. El único habitado. Marte y Venus lo habían estado. Ahora el uno era arena; el otro, pantanos con animales y con cefalópodos por toda vida organica.

K-152 siguió caminando por el Strand...

Hombres y mujeres se distinguían por sus ropas. Y por sus pensamientos. Ellos llevaban mil preocupaciones; ellas, mil tonterías triviales. Y unos pensaban en otros, y viceversa.

A K-152 le hizo reír eso. Reír a su modo, burlándose fríamente de aquellos seres tan estúpidos que eran los terrestres, Tan fáciles de dominar, de aplastar...

¿Aplastar? No. Parecían fuertes. Mucho más fuertes que él, que cualquiera de los suyos. Cuerpos poderosos, firmes, macizos, serían buenos «robots». Si, muy buenos.

Pero tenían cerebro, inteligencia. Poca, sin embargo. A los coordinadores no les seria difícil anularla..., incluso destruirla totalmente.

La ciudad aquella era muy grande, una gran obra arquitectónica, ellos, en su lejano mundo azul, no teman ciudades asi. Tampoco entendían la vida de esa forma, no era la vacía, estúpida existencia de aquellos humanoides que circulaban por las calles de... de Londres, sí. Podía leer ese nombre en muchos cerebros, con su potente mentalidad absorbente.

Los vehículos aéreos pasaban sobre él con el silbido suave de sus reactores. Estaba atardeciendo. Las luces iban disipando la neblina azorada de la tarde.

K-152 retrocedió vivamente al sentir caer sobre él la luz violenta de uno de los discos-plataforma de aparcamiento aéreo, en Haymarket. No le gustaba la luz. Le causaba terror. La luz no era para ellos.

Prefería aquel azul tibio, oscuro, apagado. Los terrestres eran tontos, pensó. ¿Para qué querían ese elemento molesto llamado «luz»?

Se hundió en las sombras otra vez, estudiando a los que pasaban, indiferentes, a su lado, se rio al leer los pensamientos de un hombre que seguía a una mujer. Y los de un sonriente hombre de negocios. Y

los de un policía de guardia en un cruce.

Eran despreciables los terrestres. Gente inferior, absurda y necia. Débil, torpe, orgullosa sin justificación. Pero eso sí, eran fuertes de físico.

K-152 tenía que transmitir esa información a los coordinadores. Él no era más que la avanzadilla, el emisario en vanguardia, el que preparaba siempre el terreno. Este terreno no necesitaba mucha preparación. Era zona abonada, fácil presa para ellos…

Se paró en una esquina poco iluminada. Su mente superdotada comenzó a transmitir poderosas oleadas de pensamientos fríos, mecánicos, precisos. Lo hacía mirando a la esfera azul que pendía de su cuello. Ésta se encargaría de todo lo demás…

De repente hubo una interferencia en la emisión. Una oleada potente mental se cruzó con la propia. K-152 alzo la cabeza, alarmado.

Le vio.

Allí, en la otra esquina, frente a él. Estaba cómo husmeando el aire. Olfateaba virtualmente… en busca de una mente extraña.

Era un hombre como los demás. Pero tenía la cabeza muy desarrollada, los ojos claros, glaucos. Las sienes abultadas, el cráneo liso, pelado y muy transparente de piel. Deforme, pero más desarrollado mentalmente que otros seres.

K-152 comprendió el peligro en el acto. El cabezudo dejó de olisquear en torno. Y clavó en él sus ojos dilatados, inquietos. K-152 avanzó hacia él a través de la calle.

«Tele-Cerebro» tragó saliva. No comprendía aquello. Su mente había captado oleadas extrañas de pensamientos, en un lenguaje extraño. Algo que no podía entender, pero que no era humano. Aquella mente, a juzgar por su expansión de ondas telepáticas, centuplicaba a su propio cerebro. Y él triplicaba a cualquier hombre inteligente.

Había acabado descubriéndolo. Era el que iba hacia él. Parecía un hombre vulgar. Pero era extraño que parpadease cada vez que le rozaba una luz… como si la (¡temiese o no le gastaran sino las tinieblas.

«Tele-Cerebro» empezó a retroceder, realmente asustado. Siempre que no comprendía algo sentía miedo. Esta vez, acaso mas que ninguna otra. Había un policía cerca, pero al último ser que recurriría él en el mundo era a un policía.

Acababa de abandonar el refugio de la organización; Dawns y la doctora Marlin estacan encerrados en la cabina de «vitrofil». No podía

correr riesgos, apelando a un agente de la autoridad por un simple temor que acaso fuera ridículo.

No. Mejor era alejarse, huir del supuesto hombre normal. Que poseía tal mente.

El telépata huyó. Ahora corría, abiertamente, tratando de alejarse del hombre que lo seguía…

Encontró un pasaje oscuro, sin transeúntes, a su derecha. Raudo, se metió en él, y se lanzó a la carrera... Un suspiro de alivio ensanchó sus pulmones.

No hubiera suspirado tan alegremente, de saber lo que hacía su antagonista. Porque K-152 rio en silencio al descubrir lo que intentaba el hombre de cabeza gruesa.

No tuvo que hacer sino diluirse. Dejo de ser un hombre, un ser físico. En su lugar, una sombra, una bruma azul, se elevó entre la niebla de la tarde. Una dama que creyera tener un hombre ante sí, e iba a pedirle por favor que se apartara para entrar ella en una escalera automática, se frotó los ojos, sorprendida.

No había nadie. Acaso había visto mal. Pero ella hubiera jurado que había alguien allí, apenas un segundo antes.

«Tele-Cerebro» llegó al otro lado del callejón. Todavía estaba en la zona de sombras, cuando un raro jirón de bruma azulada surgió ante él. Se materializó súbitamente.

Retrocedió con un chillido de rata, cuando esa niebla azul se convirtió ante sus ojos desorbitados en una forma humana, pequeña y enjuta, de débiles extremidades y cabeza esférica. Una mala copia de un humano. Solamente sus ropas y gorro podían confundirle con ellos.

— ¡Usted! — aulló—. ¡No es posible!

K-152 avanzó, implacable, hacia él. «Tele-Cerebro» iba a escapar de nuevo. El aparecido no le concedió esa oportunidad por segunda vez.

Con una expresión infernal en los extraños ojos, el desconocido salió disparado hacia «Tele-Cerebro». Se desintegró por el camino, volviendo a ser la forma nebulosa azul, y como un chorro de humo, se proyectó sobre el superdesarrollado cerebro del delincuente.

Fue algo así como un impacto terrible, estremecedor. «Tele-Cerebro» experimentó la sensación espantosa de que una garra helada aprisionaba su mente, la estrujaba, destrozándola de golpe. Algo extraño invadió su cráneo, su ser... y se derrumbó de bruces en el callejón.

Permaneció inmóvil cosa de un par de minutos. Después, poco a

poco, empezó a moverse, se incorporó... Caminó lenta, pesadamente, hacia el final del callejón. Parecía el mismo que entrara allí, huyendo de un ser con mente extraña.

Pero no lo era.

Aún era el cuerpo de «Tele-Cerebro», sí. Su interior, sin embargo, era otro. K-152 viajaba ahora en una nueva envoltura.

Podía seguir leyendo en las mentes humanas. Podía seguir siendo el mismo terrible vigilante de los pensamientos terrenos que era antes de penetrar en aquel cuerpo.

Sólo que ahora sabía lo que era la fuerza, la energía física de uno de aquellos seres a quienes había ido a visitar, y esos cuerpos, con las mentes de «ellos», resultarían auténticamente invencibles. Verdaderos titanes de los mundos.

K-152 se sintió satisfecho de su triunfo. Siguió transmitiendo ideas en oleadas, hacia sus coordinadores.

La invasión podía comenzar.

Virtualmente, había empezado ya...

Pero nadie, absolutamente nadie, sabía tal cosa.

* * *

Se miraron ambos con expresión contrariada, pero también con cierto alivio.

—Dios sea loado, doctora Marlin. ¿Está usted incólume?

—Sí, doctor Dawns — asintió ella —. ¿Y usted?

—Creo trae también. No tengo ningún hueso roto, a pesar de que me enfrenté con unos cuantos tipos de esa pandilla de chantajistas y espías telepáticos en cuyo poder estamos — confesó Monty de mala gana—. ¿Sabe lo que pretenden de nosotros?

—Sí. Saber en qué trabajamos, para ponerse en guardia o emplearlo en su favor. Se suponen lo que es, aproximadamente y...

—Siga, siga—- la alentó Monty—. Aquí no penetran sus mentes, por superdotadas que estén. El «vitrofil» es neutro a las ondas magnéticas y electrónicas. Rechaza todo contacto mental o de otra especie similar. Por eso nos han encerrado aquí. La policía debe andar en busca nuestra, detectando las mentes. Aquí metidos pasaremos ignorados para todo detector, por sensible que sea.

—Total, que nuestra situación es maravillosamente desesperada, ¿no, doctor?

—Poco más o menos, así es —sonrió él animoso—. Sin embargo, nunca desespere. A veces, hasta un grave mal puede convertirse a la

larga en un gran bien.

— ¿Usted nunca pierde los ánimos?— se admiró la joven doctora.

—Casi nunca. Es lo último que debe perderse.

— ¿Ve algún medio de salir de este enredo?

—Creo que sí. Doctora Marlin.

— ¿Es posible? Yo, por más que me esfuerzo, no logro vislumbrar esperanza alguna...

—No sea tonta. No hace falta esforzarse. Simplemente, debemos obrar como nos obligan las circunstancias.

— ¿Y, es...?

—Ellos nos han secuestrado para descubrir nuestro secreto, ¿no es eso? Pues bien: se les revela, y asunto concluido.

— ¡Cielos, no! ¡Eso no puede ser! —se asustó la joven.

—Claro que sí—.sonrió Dawns—. ¿Cree que es mejor morir aquí de agotamiento, en cuyo caso ellos lograrán vencer la resistencia de nuestra, mente y su condenado «Tele-Cerebro» nos leerá con la misma facilidad que si fuéramos un libro abierto? Convéngase, doctora. Es bonito el papel de héroes, pero tan estúpido como inútil en este caso. Estamos vencidos. Ellos lo saben. Nosotros seríamos tontos si no lo supiéramos también... y aceptáramos deportivamente la derrota.

—Esa derrota significa que hemos perdido el tiempo lamentablemente, doctor. Que el fruto de meses y meses de trabajo va a parar a unos desaprensivos, precisamente a los mismos a quienes queríamos combatir... para favorecerles.

—Eso me temo. Pero hemos sido derrotados, y es el justo precio a ese fracaso, doctora. No le dé más vueltas. No tenemos otra salida, si queremos seguir con vida.

— ¿No ha pensado en la probabilidad de que, aun revelándoles la verdad, nos dejen aquí encerrados... o nos asesinen?

—Sí, claro. Incluso creo que es lo que harían más gustosamente. Pero cuando hayan comprobado por nuestro examen mental que es cierto lo que yo les diga, nos dejarán libres. Prefieren eso a cargar con más responsabilidades, estoy seguro.

—Su droga pudo haber sido un arma magnífica contra esa gente... —se quejó ella.

—Sí. Pero no lo será ya. Paciencia, doctora Marlin.

Ella inclinó la cabeza, abatida. Evidentemente, parecía más aniquilada por el fracaso, que el propio inventor. Éste, con los ojos fijos en el vacío, reflexionaba.

— ¿Sabe una cosa, doctora? Me pregunto cómo pudieron saber ellos lo de mis experimentos… y el curso que daba a los mismos.

— ¿Y qué? — ella le miró ahora, intrigada, levantando de nuevo la cabeza.

—He llegado a la conclusión de que alguien nos espió ya… en la propia Fundación. Alguien de allí dentro informó a la pandilla de los «telépatas». Y éstos nos esperaron. Sabían que usted acostumbraba a bajar en Charing Cross y prepararon el rapto cuidadosamente.

— ¿Cree eso?

—Sí. También creo que sabían adonde iría yo cuando abandonase la Fundación. Me vigilaron de cerca y cayeron sobre mí en el momento oportuno.

—Dios mío, ¿y de quién sospecha, que pueda ser miembro de los «telépatas»?

—No sé… Ya trataré de averiguarlo, doctora Marlin. De momento, no tenemos otra alternativa que ceder… y revelar nuestro secreto. ¿Se da cuenta?

—Sí — ella inclinó la cabeza —. Si no hay otro remedio…

—No lo hay, mi querida amiga — suspiró Monty Dawns sordamente.

El silencio reinó en la cabina de «vitrofil», tras la amarga decisión del joven médico.

CAPÍTULO IV

INVASIÓN ALUCINANTE



ER humano invadido. Fácil invasión todos los demás. Ciudad de diez millones. Centro ideal de operaciones para extender invasión al mundo entero. Espero informes. K-152.

Aquel mensaje surcó distancias, llegó a los Controladores *Khrees*.

Y más allá de las Pléyades, en la constelación de Perseo, seres vivos, superinteligentes y poderosos, recibieron el informe.

Un *Khree* se despojó del casco receptor de ondas mentales a

superdistancia. Sus ojos extraños, provistos de celdillas, luminiscentes en la faz esférica azulada, tuvieron un destello de aguda inteligencia.

Con raros andares de palmípedo, se encaminó a una gran tabla semicircular, provista de mandos. Sobre ella había un gigantesco espejo opaco, vidrioso, de color gris mate. Le bastó tocar un botón, un resorte, para que en la pantalla surgiera una faz igual a la suya. Pero con las insignias de mando en su uniforme extraño, metalizado y crujiente.

— *Informe K-152*— refirió monótonamente el *Khree*. Nadie, en la Tierra, hubiera podido comprenderle. Su lenguaje era monosilábico, bronco y muy duro—. *Todo realizado. Ocupó a un ser humano. Fácil invasión. Londres tiene diez millones de terrestres. Centro ideal para invadir otros sitios. Espera informes.*

Una voz helada llegó por unos invisibles altavoces, incrustados en la pantalla ovalada:

—*K-20 recibió informe K-152. Comunicaré directamente con la Tierra. Corto.*

Se apagó la efigie en la pantalla. Se hizo la oscuridad.

Aquel mensaje, llegado de miles de millones de millas de distancia, no era sino el prólogo.

El prólogo de lo que vendría después..., desencadenado desde un mundo azul y frio, iluminado por el astro azul que los hombres se habituaron a amar, desde remotos tiempos, «La Estrella del Diablo».

Algol, la radiante luz intermitente de Perseo, era el Sol de aquel mundo perdido en la distancia de los espacios siderales. Una raza superinteligente y poderosa en mentalidad, los *Khree*, emprendía la invasión de otro mundo.

Y ese mundo... era la Tierra.

* * *

«Tele-Cerebro» esperaba informes. Sabía que no podían tardar en llegar. El planeta *Khray-Azul* había recibido su mensaje. Posiblemente el propio K-20, uno de los Privilegiados, le contestaría directamente.

Era divertido estar dentro de un cerebro ajeno, sentir un cuerpo como aquél. Eran muy fuertes los humanos, pensó dentro de la esquelética forma débil de «Tele-Cerebro». Ahora sabía que podía levantar cualquier objeto de más de treinta kilos de peso. Algo inaudito para su raza, membranosa y tierna como tallos de arbustos terrestres.

Por cierto que aquel tipo al que había «devorado» la mente, ocupándola él, había sido un hombre extraño. Tenía ideas raras. Muy

poderosas, eso sí, para el nivel medio de la mentalidad humana. Pero estúpidas, como todo lo suyo. Le preocupaban cosas absurdas. Unos prisioneros, un invento, obtener dinero... ¿Qué sería dinero? ¡Ah, sí!

Capto la onda del «absorbido cerebro», y supo que, a cambio de dinero, se lograba comida, se obtenían ropas, lujos, placeres. Gente rara aquella de la Tierra. El dinero era desconocido en su planeta.

Y también los placeres y los lujos. Los prisioneros no tenían importancia. Nadie hubiera concedido la menor importancia a un millar ni a un millón de prisioneros. Sobraban presos en *Khray-Azul*. Y eran simples autómatas, seres desprovistos de toda autonomía propia. Esclavos de los Grandes Coordinadores K-l, K-2 y K-3.

Se despreocupo por completo de las preocupaciones terrenas de «Tele-Cerebro». K-152 no podía saber eso. Pero hizo mal, muy mal en despreocuparse de ellas. Sobre todo, en lo que se refería a los prisioneros. A un hombre y una mujer llamados...

Ni siquiera se paró a saber corno se llamaban. A él no le importaban nombres. En *Khray-Azul* eran números. Cada ser, un número en una gran colmena perfecta, matemática e insensible. Su sexo no importaba. Lo sabía, claro está. Varón y hembra, como en toda especie reproducible. Pero eso no alteraba los hechos. Una hembra era igual a un varón. Si acaso, menos inteligente, menos cerebral que los demás... Y eso, en su planeta, era mala cosa. A las mujeres se las despreciaba por eso mismo. Era antiprogresista, anti... «Antitodo»; rio K-152.

Y de repente sintió la vibración telépata en sus sienes superdesarrolladas, del falso ser humano, una vibración de muy lejos. A miles de millones de millas, allá en los cielos.

— *K-20 te Habla, K-20 te habla* — resonó el pensamiento materializado en sonido mental —. *Responde, K-152.*

— *K-152 responde* — fue su réplica mental—. Espero órdenes...

—*Invasión empezará en breve. Salen para la Tierra primeros elementos invasores. Soldados y esclavos. Elegidos esclavos entre los más inteligentes y fuertes de cerebro. Soldados y jefes a controlarles directamente. Tú diriges operación... ¡hasta que llegue Gran Coordinador K-3 a la Tierra... ¿Enterado, K-152?*

— *Enterado, K-20. Espero contactos próximos, de nuevos invasores llegados.*

Allí terminó el enlace magnético-mental entre el falso terrestre y sus poderosos amos de más allá del Sistema Solar.

Nadie lo sabía. Nadie lo preveía. Pero un alucinante manto de tinieblas y de horror, caía ya sobre la infortunada Tierra...

* * *

K-3.650.282 era él. Y K-3.393.120 era ella.

Pero ellos preferían llamarse entre sí de otra manera. Iba contra la ley de *Khray-Azul*, y contra la suprema orden de los Coordinadores. Pero, aun así, persistía en ambos la rebeldía.

Por eso estaban allí. Solamente por llamarse sin números. Para él ella era *Kraa*. Para ella él tenía el nombre de *Kry*. Kraa y Kry eran, naturalmente, *Khress*. En aquel mundo todo sonido tenía la aspereza fonética de la K en principio, por las limitadas funciones verbales de sus seres, que por otro lado para nada precisaban de ellas, ya que su telepatía colosal bastaba a intercambiar impresiones tan sólo con un leve enlace mental.

—Nos han elegido — dijo roncamente Kry. Él no quería «hablar» mentalmente. Se resistía al silencio que era ley en el planeta. Era un rebelde innato —. A ti y a mí, Kraa.

Kraa no dijo nada. Ni vocal, ni mentalmente. Dejó de tejer en las grandes turbotejedoras de *Khray-Azul*, y miró a su amado. Les separaba la rejilla magnética que acostumbraba a separar a hombres de mujeres. Ahí sí que hacían distinciones los *Khrees*. Evitaban la reproducción, e incluso el nacimiento de sentimientos no cerebrales, entre sus esclavos de las grandes galerías de trabajo.

—-¿Me has oído, Kraa? — preguntó Kry, anhelante

—Sí — suspiró la hermosa de cuerpo azul y cabeza esférica, clavando en su amado los ojos de mil celdillas luminiscentes—. Sí, Kry. ¿Qué podemos hacer nosotros?

—Nada — la cabeza de Kry se inclinó. Como si hubiera sido un ser humano, su cuerpo azulado, membranoso y relativamente fuerte, dentro de la debilísima, decadente contextura de los *Khrees*, vibró con un estremecimiento—. Absolutamente nada, es cierto. Nuestros Coordinadores nos mandan. Si ellos quieren que vayamos a ese lejano planeta, para invadir los cuerpos ajenos, hemos de hacerlo. Negarse es morir. Y no quisiera morir separado de ti, Kraa. Si eso ha de llegar, quiero que sea a tu lado...

—-Sí, Kry... Juntos los dos. Es mejor morir así. Ellos no lo entienden. ¡Oh, Kry! ¿Por qué tuvimos que nacer diferentes a nuestros hermanos de raza y de mundo?

—No lo sé. Nadie sabe por qué nace de un modo o de otro. Ni por qué muere. Debe de haber algo que explique todo eso... lo intuyo. Pero está muy lejos, sea lo que sea.

— ¿En la Tierra, acaso? — aventuró ingenuamente

—Tal vez. ¿Quién puede saberlo? — rápidamente sus ojos

multivisores descubrieron que el *Khree* guardián se acercaba, con su látigo electrónico chispeando en la mano membranosa. Le oyó abrasar una espalda, a un esclavo trabajador, y captó el chirrido de éste al experimentar el dolor físico —. ¡Cuidado, Kraa! ¡Vienen!

Volvió a prestar su atención al gigantesco aparato de fabricación de materias para estructura, edificios y vehículos en la superficie azul y helada de Khray-Azul, su planeta, bajo el gélido sol azul de Algol.

Pasó el vigilante. Ante los mismos ojos de Kry, abrasó con su látigo chispeante a otro distraído esclavo, que dominó su chirrido, con gran violencia. Por fin. el cruel verdugo se alejó, mientras la enorme colmena de millones de esclavos *Khrees* trabajaba conforme a su condena. Años y años, por todo el tiempo que durase su vida.

—Tal vez nos separen, Kry — dijo ella, tras una pausa, al otro lado de la gran reja metálica que separaba los varones *Khrees* de las hembras—. Acaso no nos encontremos allá en la Tierra, ese mundo adonde van a llevamos…

—Estoy seguro de que sí, Kraa. ¡Cueste lo que cueste, nos encontraremos! Yo te buscaré… ¿Y tú a mí?

— Te buscaré como sea, Kry… — ella se agitó, ante el turbotejedor. Sus ojos le miraron, con una opacidad extraña en sus celdillas—. Pero dime una cosa… ¿Tendremos que…, tendremos que matar a algún terrestre… para «invadirlo» después?

—Sí, Kraa. Tendremos que matar.

— ¡Oh, no! ¡Yo no deseo la muerte de nadie!

—Yo tampoco. Pero vamos para eso. Si no matamos, nos matarán. Somos invasores, Kraa. Los terrestres lucharán contra nosotros. Hemos de volvernos físicamente como ellos, absorbiendo sus cerebros y ocupándolos. O nos aniquilarán.

— ¿Por qué, Kry? ¿Por qué hemos de atacar a gente que nada nos ha hecho? ¿Por qué matar a quien no nos dañó nunca?

—No sé. Lo mandan nuestros Coordinadores. Y hay que obedecer o morir.

—Obedecer o morir… ¡Es horrible!

Kry asintió en silencio. Sí, era horrible. Pero inevitable. Los Coordinadores no se atrevían a quedarse sin soldados, y enviaban para la invasión de la Tierra a sus esclavos de las galerías de trabajos. Pero Kry sabía que irían bien vigilados. Seguirían siendo esclavos en la Tierra, como lo eran en *Khray- Azul*.

Solamente cabía la esperanza de que el ser humano, la envoltura que iban a ocupar, fuese diferente a la actual, y les permitiera una mayor libertad, una nueva rebeldía, capaz de acabar con el tiránico

sistema de los Coordinadores.

Pero… ¡era una esperanza tan débil para ellos!

* * *

Monty Dawns escuchó. Tras un largo momento de absoluto silencio, miró a la doctora Marlin.

—No sé… Ocurre algo—jadeó pensativo.

— ¿Por qué cree eso, doctor Dawns?

—Ese silencio, el no acudir nadie aquí… Parece como si se hubieran olvidado totalmente de nosotros.

— Tengo sed…—.humedeció sus labios secos—. E incluso hambre, doctor…

— ¿Qué cree que tengo yo? Llevamos así dos días enteros. Es preciso saber qué ocurre. Y tratar de liberarse, o moriremos aquí, abandonados de todos.

—Puede ser que eso sea lo que ellos se proponen

— se asustó ella.

— ¿Y para ello iban a haberse tomado la molestia de secuestrarnos? No, no lo creo, doctora Marlin. Se trata de otra cosa. Ellos planeaban interrogarnos.

Y algo ha ocurrido, que alteró sus planes.

— ¿Qué pudo ser lo que ocurrió, para alterarlos hasta ese punto? Vamos a morir de inanición, y nadie se cuida de nosotros.

—No sé. Sea lo que sea, hemos de procurar salir de aquí por nuestros propios medios.

— ¿Ve alguna forma de lograrlo, doctor Dawns?

—No. Sin embargo, eso no es obstáculo para buscarla. Veamos. ¿Sus ligaduras son metálicas?

—Sí. Lo mismo que las suyas. Fibra metalizada, irrompible.

—Bueno. Si las ligaduras no se rompen, es posible que la silla sí — rio Monty.

Y sin esperar a más, se lanzó sobre el suelo con todo ímpetu, de espaldas al mismo. El asiento rebotó por tierra, sin romperse. Era de materia plástica, pero no estaba metalizado, como las ligaduras.

A pesar de ello, tras media hora de agotadores esfuerzos, a costa de tremendos golpes en todo su cuerpo y cabeza, tuvo de darse por vencido, con fatigada expresión.

Ni la silla ni las ligaduras se rompían.

—Dios mío, doctor. Ha estado a punto de matarse varias veces.

Ha destrozado sus lentes. Y no ha logrado ni deformar siquiera la silla. Es de materia plástica primitiva. Irrompible.

— ¡Materia, plástica primitiva!—entre jadeos, Monty Dawns irguió la despeinada cabeza del suelo, y miro con ojos algo opacos a la joven—. ¡Entonces es... combustible!

—Si... pero ¿y el fuego para quemarla? Aparte, que ésta es una cámara cerrada y aislada del exterior por «vitrofil». Algo así como una tumba hermética.

—Pero con aire acondicionado del exterior — rio Dawns—. ¡Por favor, doctora, tiene que tirarse también al suelo!

— ¿Yo?

—-¡Sí! ¡Tírese con asiento y todo! ¡Lo más cerca posible de mí!

Ella vaciló un poco. Finalmente, lo hizo. Retumbó estrepitosamente el golpe sobre el suelo metálico. Ada Marlin se quejó de un golpe en la rodilla y miró desde tierra al joven médico.

—Bueno. ¿Y ahora? — preguntó desalentada —. ¿Muerdo sus ligaduras, aunque son de duraluminio plastificado? Como tengo hambre, tal vez logre partirlas...

—-No me venga con sarcasmos, doctora Marlin. Por favor, use sus dientes, eso sí.

— ¿En qué? ¿En comerle la nariz? Se lo merecería, por hacerme estar en esta horrible posición.

-—Es ideal, aunque no lo crea — rio Dawns, mirando sus piernas enfundadas en malla plateada—. Bueno, adelante. Voy a arrastrarme hasta usted. Luego trate de meter la boca en el bolsillo derecho de mi chaqueta. Encontrará mi encendedor electrónico. Sáquelo...

— ¿Eh? ¿Va a incendiarnos vivos como solución a nuestros problemas?

— ¡Haga lo que le digo y cierre la boca de una vez! —se enfureció él.

—Está bien, está bien...— se inclinó inverosímilmente, cuando Monty rodó junco a ella con su asiento ligado al cuerpo, poco a poco, se arrastró, acercando la boca a la prenda del doctor—. ¿Cree que le dejaron el encendedor encima, doctor?

—No me tocaron lo que llevaba en mis ropas. No creyeron que fuera peligroso.

— ¿Y lo es? — musitó ella, llena de escepticismo.

—Eso es lo que vamos a ver ahora. Es usted única para darle alientos a cualquiera. ¡Vamos, siga, que está ya cerca del bolsillo!

Su boca recorrió la tela, metalizada del traje de Monty. Llego al

bolsillo aludido. Y comenzó a reptar, para introducir los dientes en él. Dawns trató de facilitar su tarea, inclinándose violentamente cuanto le permitían las ligaduras, para extraer más y más el tubo acerado de su encendedor electrónico.

Ambos sudaban copiosamente. Sus músculos y nervios, tirantes al máximo, luchaban con gran violencia por lograr su objetivo. Finalmente... entre los dientes blancos, menudos y fuertes de Ada Marlin, salió el objeto menudo, cilíndrico, color azulado.

— ¡Bravo! —-mascullló Dawns, dejando relajar sus músculos, lo mismo que ella—. ¡Lo na logrado muchacha!

— ¿De... veras? — gimió ella, cayendo su rostro sobre el suelo—. Ya ni siquiera sé lo que hago...

—Descanse, criatura. Ahora me toca a mí...

Comenzó a reptar por el suelo metálico, hacia el encendedor magnético. Con boca y nariz comenzó a mover el cilindro. Éste rodaba, se iba de él, se oponía a sus intentos desesperados por ponerlo en pie. Finalmente, lo logro, el cilindro metálico se mantuvo sobre su base, en tierra. A su lado, derramando copioso sudor, la faz de Dawns, que se volvió triunfalmente a Ada. Ella se había rehecho y contemplaba la escena con mudo asombro.

—Hemos logrado el ochenta por ciento del éxito. Ahora a por el resto, doctora...

Ella asintió, alentadora. Incluso se movió hacia él. Comprendiendo su juego. Y apoyó con todas sus fuerzas un brazo contra el encendedor, sujetándolo. Él sonrió.

Luego presionó con la boca el resorte lateral.

Se encendió el artefacto magnético. Una llama azul, candente y fuerte, brotó de la parte superior del encendedor. Ella retiró su brazo. Dawns, el rostro. Contemplaron la llama, esperanzados. Silbaba ligeramente en el silencio de la estancia, uniéndose a sus entrecortados jadeos.

— ¿Durará mucho esa llama, doctor?—preguntó la joven, angustiada.

—Cosa de tres minutos. Espero que sea más que suficiente...

Se revolcó por tierra, procurando no derribar el encendedor. Así, aproximó la silla a la llama. La parte que tocaba sus brazos ligados. Ella gimió:

— ¿No..., no se quemará?

—Es posible. Todo tiene siempre un precio. Y la libertad, bien vale unas quemaduras...

La llama azul alcanzó la materia plástica primitiva. La silla

comenzó a reblandecerse. Pero también el tejido de su ropa aumentaba de temperatura, lo mismo que las ligaduras, por la proximidad del fuego, empezando a quemarle la piel. Dawns apretó los labios, no queriendo reflejar el dolor, por si ella cometía una estupidez y apagaba el fuego salvador, acabando con toda esperanza de liberación.

Se empezó a derretir la silla, goteando el plástico reblandecido, y el calor en el brazo más próximo a la llama, se le hizo a Dawns intolerable. Pero lo soportó.

Dio un vuelco a la silla. Notaba mayor facilidad de movimientos ahora en el brazo. Probó con el otro lado del asiento. También empezó a derretirse, Esta vez el calor obró efecto antes, y sintió que la piel abrasaba, cubierta de ampollas. Aun así, no cedió un ápice.

— ¡Está lívido!—musitó ella—. ¡Se está abrasando, doctor Dawns!

—No, no...—replicó él—. ¡Ya... está!

Era cierto. Las últimas piezas de la silla se habían quebrado, ablandadas por el calor. Tiró de ellas, con violencia. Las ligaduras metálicas cayeron de sus brazos. Estaba libre.

Tendido en tierra, esperó, jadeante, a que pasara la fatiga y el dolor. Éste no cedía, sin embargo. Se incorporó, con un esfuerzo, se desasió de las últimas ligaduras, y luego se acercó a la joven. Fue ya tarea sencilla librarla.

—Dios mío, doctor, cuánto ha sufrido — dijo Ada Marlin—. Tiene los brazos abrasados...

—No es nada, criatura — rio él—. El hecho es que estamos libres.

— ¿Libres? — ella señaló las paredes, herméticamente cerradas, de la cilíndrica cámara que Íes rodeaba—. ¿Quiere decirme cómo, doctor Dawns?

—Ya se lo diré... cuando yo mismo lo sepa—el doctor Monty recuperó sus gafas. Tenían un cristal astillado ligeramente, pero servían. Se las puso y contempló el lugar, ceñudo—. Hay una razón que me hace confiar en la libertad.

— ¿Sí? ¿Y cuál es?

—Que nos ligaran tan concienzudamente, estando en una cámara de «vitrofil». Eso indica que, estando desatados, «podíamos escapar».

— ¿Por dónde?

—Pongamos que... por el conducto de aire que renueva el oxígeno en esta cámara—dijo Dawns, parándose ante la rejilla que, disimuladamente, se abría en el techo del cilíndrico lugar. Lo señaló —. ¡Por ahí concretamente, doctora Marlin!

— No somos pájaros, ni tampoco humo, para filtrarnos por esas rejillas.

—Pájaros, podemos serlo — señaló las ligaduras metálicas —. Con eso se llega arriba fácilmente. Verá. Yo me quedaré aquí en pie. Usted se subirá en mis hombros, y pondrá la ligadura de metal atada a la rejilla. Luego… déjeme obrar. ¿Quiere?

—Está bien. No veo qué conseguirá, pero…

Se hizo así. Las bellas piernas de la doctora Marlin se izaron sobre los sólidos hombros de Monty Dawns. Ella logró pasar la cinta metálica por entre las rendijas de la renovación de aire. La ligó con fuerza. Y saltó ágilmente a tierra. Miró, con sus grandes ojos profundos e inteligentes, al joven doctor Dawns.

Éste sonrió, probando la resistencia de la ligadura. Luego dijo:

— ¿Ve qué sencillo, doctora Marlin?

Y empezó a hinchar sus músculos, poderosamente entrenados en los deportes, tirando con violencia de la cuerda metálica. Ésta se tensó, comenzando a hacer presión. La rejilla de renovación de aire crujió. Volvió a crujir al segundo y al tercer tirón. Al cuarto, la fuerza física de Dawns ganó la partida. Se quebró la rejilla por un lado.

Ya solamente fueron precisos dos tirones más, para quedar abierto un boquete rectangular, oscuro, del que colgó la rejilla, completamente desprendida.

—Ahí tiene nuestra vía de escape. ¿Conoce los conductos de aire, doctora?

— Sí. Pero jamás escapé por ninguno.

—Pues es lo más fácil del mundo — rio el médico—. Tienen tramos empotrados en sus paredes, como los antiguos pozos, para la limpieza y desatasco posible. Salir por ahí es algo facilísimo. Nunca mejor empleada la frase de «coser y cantar», doctora Marlin. Vamos…

—Pero eso está muy alto. ¿Cómo vamos a subir?

—Usted lo hará en primer lugar. Y ligará la cuerda metálica otra vez. Ahora, al primer peldaño de la escala del muro. Entonces empezará a subir, abandonando mis hombros. Y yo, sujeto a esa cuerda, me izaré, iniciando el ascenso, detrás suyo.

—Dios mío, doctor, nunca le había conocido en estos apuros —.confesó ella con un suspiro—. Pero le encuentra salida a todo.

—A todo lo que tenga salida — sonrió él —. No soy ningún superhombre. Vamos, no pierda tiempo, por si vuelven a por nosotros. Ahí, al alcance de nuestra mano, está ya la libertad. No quisiera perderla ahora que la veo tan cerca…

Ella asintió. De nuevo brincó a sus hombros. De allí, tras atar la

cuerda metálica a los pequeños tramos empotrados en el hueco de respiración, comenzó ella a subir con gran agilidad.

Dawns contempló complacido cómo las bonitas pantorrillas de su auxiliar se perdían en la altura. Luego probó la resistencia de la cuerda, y satisfecho de ella, se lanzó también a la conquista de la anhelada libertad.

Ni él ni Ada Marlin podían sospechar la clase de libertad que les esperaba, al otro lado de aquel encierro....

CAPÍTULO V

MUNDO EXTRAÑO


UÉ silencio, doctor Dawns!

Él asintió. Sobre la cúpula ovalada del edificio de extrarradio que acababan de abandonar, en plena campiña de Chelsea, las grandes autopistas y rutas aéreas de Londres mostraban una quietud, una soledad y un mutismo realmente increíbles. El campo mismo parecía muerto, dormido o sin voz. Ni pájaros, ni chiquillos jugando en los huertos, ni desocupados en los jardines de Fulham Road, absolutamente nada.

Atónito, el doctor Dawns se volvió a ella y asintió. Luego miró la esfera de su reloj de pulsera magnético. Tenía solamente las cinco de la tarde.

Pero podía estar mal, haber recibido algún golpe.

— ¿Qué hora tiene usted, doctora Marlin? — preguntó.

—Las cinco — dijo ella, tras una rápida consulta a su propio reloj.

—Evidentemente, no pueden ir mal los dos relojes. Son las cinco de la tarde, ¿no es eso?

—Claro. ¿Qué creía, pues? ¿Que estábamos en plena madrugada?

—Jamás, ni siquiera de madrugada; ha mostrado Londres un aire tan muerto — declaró Dawns con un escalofrío—. ¿Qué puede ocurrir?

—Tal vea ha muerto Su Majestad durante nuestras horas de encierro, y se guarda luto nacional — aventuró la doctora, con indudable imaginación.

—Su Majestad está, en el Canadá desde hace una semana, y tiene aún para algún tiempo más — le recordó Monty —. No, no es eso. Además no hay luto en el mundo capaz de lograr tal mutismo. Una ciudad no se paraliza jamás. Ni el campo tampoco.

—Pues si esto no está paralizado, es que nos hemos quedado

sordos.

—Oímos perfectamente, doctora. Eso quiere decir que «está» paralizado..., aunque no logre ver la razón, Vamos, yendo a la ciudad nos enteraremos de algo. Aquí, evidentemente, tampoco hay nadie. Vea. Estamos en una finca de recreo de Chelsea. No hay nadie en el jardín, nadie en el edificio, aparentemente.

— ¿A qué parte de Londres está resuelto ir? ¿A la policía?

—No. Eso más tarde. Tengo hambre, sed y sueño. Usted también. Debemos ir a casa del profesor Ludowick directamente. Luego iremos adonde sea, una vez fortalecidos y descansados. ¿Le parece bien?

—Sí. Pero yo prefiero antes ir a avisar a mi familia, Dawns. Viven en Bloomsbury.

—Pero ha de cruzar medio Londres para ir hasta allá. ¿Quiere que la lleve? Ahí veo parado un aeromóvil. Lo utilizaremos, sea de quien sea, para ir al centro. No creo que podamos hallar un solo turbo-taxi. Al parecer, ni siquiera circulan por el centro de Westminster ni por Kensington, o serían visibles desde aquí.

— ¡Tal vez sea una huelga! — opinó ella, súbitamente—. ¡Sí, seguro que es eso!

—-Nunca vi una huelga de charlatanes ni de vagos o paseantes — rezongó Dawns. Señaló enérgicamente a los jardines del cercano parque, visible desde la cúpula sobre la cual se hallaban—. ¡Y ahí siempre hay de todo eso en abundancia, doctora! No, sea lo que sea lo que ocurre... es algo más grave. Tal vez una guerra,.., tal vez un desastre... o una epidemia. No sé... En fin, doctora. ¿La llevo a casa?

—No, déjelo — ella señaló otro aeromóvil parado en una planicie ante la casa—. Ahí hay otro vehículo. Yo Iré por mi lado, y usted por el suyo. Dentro de dos horas me reuniré coa usted en casa del profesor Ludowick.

—De acuerdo—.oprimió, su mano—Tenga cuidado, criatura.

Lila sonrió dulcemente y le miró con afecto.

—Descuide, doctor. Me cuidaré. Usted también debe hacerlo...

—Si. No volverán a secuestrarme, si es a lo que se refiere. «Tele-Cerebro» y sus amiguitos van a tener que luchar mucho para obtener algo positivo... — contempló la panorámica de Londres, silencioso y como desierto. Frunció el ceño, pensativo—. Casi estoy por asegurar que «eso» me preocupa ahora mucho más... Tenga cuidado, doctora Marlin. Mucho cuidado... No sé por qué, pero tengo un feo presentimiento...

Ella sonrió, agitando una mano con calor. Se deslizaron por un lado del edificio, con facilidad, hasta pisar tierra, fuera de la casa. No

vieron a nadie. Nadie tampoco pareció verlos a ellos. Cada cual se encaminó a un aeromóvil, y no les fue difícil ponerlos en marcha.

Poco después se alejaban, cada cual en una dirección hacia la ciudad repentinamente callada.

Sin imaginar lo que allí les aguardaba...

* * *

El doctor Monty Dawns contempló la ciudad a sus pies, mientras conducía el aeromóvil. Su extrañeza creció de grado.

Había gentes circulando, como era habitual, por todas las arterias y vías urbanas. Gentes que paseaban, otras que iban a su trabajo. Niños jugando, mujeres, hombres, agentes de policía en los cruces... Todo era como cada día. Tan sólo los vehículos permanecían quietos. Y la gente daba la impresión de ser menos apresurada, más calmosa. Como si no tuvieran prisa alguna.

Se cruzó apenas con cuatro o cinco aeromóviles en una gran extensión. Se detuvo en la plaza de Trafalgar y abrió la portezuela. No dejó de observar que la gente se expresaba con monosílabos, con palabras breves, en voz muy baja. Igual que si tuvieran miedo de alzar la voz. Aquello le dejó perplejo.

Descendió del vehículo y se encaminó al aparcamiento, donde varias personas parecían aguardar aerobuses de línea urbana. El último de la hilera era un hombretón fornido, de anchas espaldas. Llevaba un sobretodo verde oscuro. Preguntó en voz alta al anterior del turno, y éste se volvió, dirigiéndole una extraña mirada.

También los demás miraron al que hablara. Como si elevar demasiado el tono fuese todo un delito.

— ¿Qué diablos les pasa? — refunfuñó el hombre, irritado—. ¿Es que todo el mundo se vuelve mudo hoy?

Nadie le contestó. Pero, de repente, el otro se movió hacia él. Parecía como si fueran a pegarse. Intrigado, Dawns no se movió, en espera de lo que pudiera ocurrir.

Y lo que ocurrió sobrepasó a todo lo imaginable, al menos para el joven doctor.

Porque súbitamente apareció una nube de humo azul ante el hombretón del sobretodo verde oscuro. Fue como si aquel humo, bruma o lo que fuese estuviera vivo. Se proyectó sobre él, pareció trepanar su cabeza. Un aullido terrible del hombre hirió los oídos de Monty, que no se movió, petrificado por el horror y la incredulidad.

Le vio caer de rodillas, llevándose las manos a las sienes, gimiendo lastimosamente... Se desvaneció sobre la plataforma de

aparcamiento, sin que nadie hiciera el menor gesto por acudir en su auxilio.

Dawns no había hecho el menor gesto ni movimiento. A pesar de lo cual, los rostros de los presentes en la extraña escena se volvieron bruscamente hacia él. Descubrió varios ojos clavados en su rostro.

Una rara sensación mental, algo así como si aquellos ojos pudieran leer perfectamente en su interior, sacudió a Monty Dawns. En el acto, uno de los londinenses de aire inofensivo exclamó, señalándole con dedo rígido:

— *¡A él! ¡Es un «desocupado»!*

Nunca entendería lo que aquello significaba. Pero intuyó que algo terrible podía suceder. Acaso igual o peor que al inerte individuo que yacía en tierra. Sin esperar, dio media vuelta y echó a correr hacia el vehículo aparcado.

Tal vez los «telépatas» habían iniciado una operación en gran escala, pensó, mientras corría desesperadamente hacia el aeromóvil. Penetró en éste de un salto, y cerró la portezuela... en el momento en que una nube de humo azul bamboleaba sobre la plataforma de aparcamiento, como buscando algo o a alguien.

Con ojos dilatados por el horror, Dawns descubrió que el tipo caído en tierra se incorporaba con una expresión nueva en el rostro, y se unía a los demás componentes de la fila, que gesticulaban, señalando al vehículo que él conducía.

Apretó el acelerador al máximo. Silbaron los reactores, a velocidad de vértigo, sobre Londres.

Con la frente sudorosa inclinada sobre el volante trató de pensar. ¿Qué sucedía? ¿Qué le había ocurrido al hombre derribado? ¿Qué significaba el humo azul? ¿Y por qué le señalaban a él, como a un «desocupado», y trataban de impedir que huyese?

Puso el radiófono del coche en marcha, tratando de captar boletines de noticias. Solamente escuchó música. Conectó la onda policial. Y sufrió el segundo sobresalto:

—Atención, patrullas — decía la voz del locutor de la Policía—. Se busca al aeromóvil matrícula número L.- 963.172. Va un enemigo en él. Un hombre a quien hay que capturar a toda costa. Se dirige hacia la City a toda velocidad. Cérquenlo, traten de bloquearle las salidas...

Casi no necesitó ni mirar al número de matrícula de su aeromóvil. Era el L.- 963-172, mismo que buscaban. ¿Pero por qué buscarlo? ¿Por qué era él un enemigo para la policía londinense? Parecía un juego de locos...

Dio un brusco viraje al vehículo y lo lanzó en vertical sobre un lugar donde, se descubría una hilera de coches a reacción, abandonados en aparcamientos rectangulares.

Metió su coche en un hueco milagroso. Saltó a tierra, corrió por la plataforma de aparcamiento, y probó la portezuela de otro vehículo. Estaba abierta. Penetró y puso en marcha el turboreactor. Pronto le buscarían también con el nuevo coche robado. Pero mientras tanto ganaba tiempo.

Dio una marcha moderada al vehículo, sin prisas. Se cruzó con un ululante escuadrón o patrulla de tres vehículos muy veloces, pintados con el azul violento de la Policía. Pasaron sibilantes junto a él, sin hacer otra cosa que registrar su matrícula con los detectores automáticos.

Dawns suspiró. De momento estaba a salvo. Sólo Dios sabía por cuánto tiempo.

Enfiló hacia la vivienda del profesor Ludowick. Esperaba que al menos él estuviera normal. Y pudiera, explicarle qué mil diablos sucedía en Londres, repentinamente convertido en una jaula de locos furiosos o poco menos.

* * *

—Esto es Londres. Ahora buscad vuestro propio cuerpo. Y elegid deprisa, porque, cada minuto que deambuléis por esta ciudad con vuestro aspecto significará una mayor amenaza de muerte. K-3.330.282 y K-3.33.120, del Cuerpo de Invasión Número Mil Cien. Sois esclavos libres. Pero si os rebeláis contra el Mando o intentáis alguna locura, pereceréis. Ya estáis avisados. ¡Vamos, rápidos, a por vuestros humanoides!

Les soltaron así. Se encontraron de repente en aquella ciudad amplia, extraña. Dos cuerpos azules entre miles de cuerpos humanos normales. Llevaban ropas de hombres, eso sí. Pero ¿cuánto tardarían en descubrir su naturaleza infrahumana? Minutos apenas.

Kraa y Kry avanzaron, cogidos de sus membranosas manos. Como dos torpes turistas, adentrándose en un lugar desconocido. Era ya de noche. Las luces de Londres les parecieron deslumbrantes. Ellos nunca habían visto una luz así. Ni las gentes hacían tanto ruido como aquí.

Kry advirtió pronto, por los reflejos mentales de los que le rodeaban, que la mayoría de ellos no eran ya humanos. Sus hermanos *Khrees* estaban ya dentro de sus cráneos, y el circuito telépata era intenso para seres de tan sensible cerebro como los *Khrees*.

Varios aparentes humanoides les descubrieron. Pero, en vez de comenzar a gritar ante su monstruosa faz redonda, azul, provista de

ojos con celdillas, les decían mentalmente, como una orden imperiosa, transmitida por millones de cerebros ordenados y coordinados:

— *¡Vamos! ¿A qué esperáis? ¡Ocupad, vuestros cuerpos antes de que sean verdaderos terrestres los que den con vosotros!*

Se miraron los dos. Kraa habló con su lenguaje breve, monosilábico:

—Kry, ¿qué tenemos que hacer?

—Igual que ellos: ocupar dos cerebros cualesquiera... O morir. Si nos descubren los terrestres, nos matarán. Si no, nuestros propios hermanos lo harán.

— ¿Y con eso matamos a los que ocupemos?

-—Claro. Absorbemos su cerebro. Nos transformamos en vapor vivo, que penetra en sus mentes, las engulle... y nos hallamos con una nueva envoltura física.

—Oh, Kry, ¿es justo matar a esta pobre gente que nada nos ha hecho?

—No lo es. Pero tampoco es justo dejarse matar tontamente, Kraa. Por favor, tienes que «ocupar» a una... una mujer. Y yo a un hombre. Luego seguiremos unidos... Acaso veamos el modo de encontrar una huida, un camino de liberación para nosotros entre los mismos terrestres, pero lejos de nuestros hermanos.

—Será imposible... ¡Ellos están dominándolo ya todo! Escucha sus pensamientos: de cada cien que se cruzan con nosotros, noventa son *Khrees*...

—Sí, ya lo noto... —se detuvo junto a un aparcamiento. Había un vehículo parado, sin ocupantes—. ¡Mira, Kraa! ¡Un vehículo de los hombres! Ven, entra conmigo. Para nuestra mente no será difícil conocer su funcionamiento.

—Pero ¿qué vas a hacer? ¡Tenemos que convertirnos en humanos primero!

—Espera aún. Antes veamos cómo es el mundo, cómo es Londres. Ahora estamos relativamente libres, Kraa. Disfrutemos de esa libertad.

Subió al vehículo. Ella también. Los dos azules *Khrees* rebeldes a su mundo se encontraron ante los mandos de un vehículo que desconocían. Pero la poderosa mentalidad de un *Khree* no podía encontrar obstáculos en aquello. Medio minuto después Kry había leído a conciencia el manejo del aeromóvil. Y éste, bajo sus membranosas manos color cobalto, partía a buena velocidad, silbando sus turborreactores sobre la ciudad semiocupada por los azules invasores de Perseo...

— ¿Y ahora? — preguntó Kraa, sobrecogida, clavando sus

extraños ojos en la ciudad del Támesis, extendida a sus pies, como un ascua de luz en la noche—. ¿Qué haremos ahora, Kry? ¿Huir adónde?

—No sé. Ni siquiera sé si es posible huir a alguna parte, Kraa. Pero quiero darles libertad a mis pensamientos, tratar de idear algo... y tratar de comprender a los humanos, antes de aniquilar a dos de ellos. Cosa, por otro lado, completamente precisa, si queremos sobrevivir en este mundo. Nuestra naturaleza es muy débil, comparada con la de los habitantes de la Tierra. ¿Has visto sus corpulencias, su contextura? Uno solo puede aplastar a cíen de nosotros sin esfuerzo. Es su cerebro el que falla. No pueden ni remotamente igualarse al más torpe de nosotros. Y nosotras, además, tenemos la virtud de «convertirnos», de poder trasplantarnos a otros cuerpos, disolviendo el nuestro en vapor y reduciéndolo a simple cerebro. Después de todo, no somos sino eso, Kraa: cerebros vivos. Por eso venceremos a los pobres terrestres.

— ¡Y qué pasará luego, una vez vencidos?

—Imagínate a nuestra raza. Tan colosal en mentalidad, con el físico de los humanos. Resultaremos invencibles, auténticos colosos del Universo. Ese es el proyecto, sin duda, de los coordinadores: erigirse en raza suprema y dominar a todos los mundos habitados, por la fuerza y por la inteligencia.

— ¿Para seguir teniendo esclavos?

—Sí. Todos los pueblos, razas y seres serán simples «robots» en nuestro poder. Millones de esclavos para crear grandes industrias y riquezas, para ser amos del Cosmos...

—Kry, tenemos que bajar de aquí, buscar a nuestros dos cuerpos humanos, para ocuparlos — gimió ella, la mujer *Khree*—. Es horrible, pero hay que hacerlo, o moriremos. Nuestros pulmones no resisten tanto oxígeno como hay aquí... ¿Cuánto podremos soportar, con nuestra actual envoltura física, Kry?

—No más de un par de horas — confesó el rebelde esclavo *Khree* —. Aún disponemos de un poco de tiempo. Kraa.

Ella preguntó:

— ¿Tiempo... para qué?

—No lo sé. Pero cuando bajemos de este vehículo será para convertimos en humanoides. Acaso entonces no nos amemos tanto, y lo que los terrestres llaman «hermosura» física sea para nosotros una horrible fealdad, pero hemos de hacerlo, Kraa.

—Sí, Kry. Seas corno seas con tu nueva forma, yo te amaré. Porque te quiero a ti por ti mismo, no por tu aspecto, Kry...

—Sí, Kraa. Así tiene que ser...

Bajo su mando, el aeromóvil continuó dando vueltas sobre Londres. El *Khree* no lo sabía. Pero en aquel momento su propio destino, el de Kraa… y tal vea el del mundo entero estaba en sus membranosas manos…

CAPÍTULO VI

EL CERCO HORRIBLE



ERGE LUDOWICK abrió la puerta.

Se quedó contemplando con sorpresa a Monty Dawns y luego exclamó:

— ¡Diablo! ¿De dónde sales, hombre perdido? ¡Toda la Policía de Londres tras tus huellas... y tú apareces como si vinieras de una jira campestre. ¿Se puede saber dónde diablos te has metido estos dos días?

Monty dijo:

—Me metieron, que no es lo mismo, en un bonito encierro de vitrofil antimagnético. Ni mil aparatos de radar hubieran dado con nosotros.

— *¿Nosotros?* ¿No estabas solo? — se asombró el sabio, cerrando una vez hubo entrado él —. Diablo, ¿quién más estaba contigo?

—Mi ayudante, la doctora Marlin.

—Oh, ¿esa preciosa jovencita que colaboraba contigo?— el sabio rio—.Bueno, eso mejora el encierro, ¿Verdad?

—Infinitamente — Dawns rio también. Luego se puso serio, miró

a Ludowick y añadió, con diferente tono—: Profesor, ¿Qué ocurre en Londres?

— ¿En Londres? — enarcó las cejas hirsutas, sobre sus ojos sagaces—. Nada, que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—He presenciado sucesos extraños, profesor. La Policía anda tras de mí, en patrullas aéreas.

—Claro, ya te dije que...

—Pero no me buscan precisamente como a una víctima, sino como a un delincuente. O son falsos policías, o algo raro ocurre. El caso es que en la onda radial de la policía se ordena mi captura... y se me considera peligroso.

Ludowick estudió en silencio a su discípulo. Parecía desconcertado como él.

— ¿Estás seguro de no haber perdido el poco juicio que te quedaba, dentro de la ratonera donde te metieron?— farfulló finalmente, con aire hosco.

—Claro que no. La gente habla en voz baja. Por hablar en tono alto, he visto agredir a un hombre... y un extraño humo azul penetró en su cabeza desvaneciéndole. Cuando me vieron, también se dispusieron a atacarme y dijeron... dijeron que yo era un «desocupado». ¿Entiende eso, profesor?

—No — el sabio se encogió de hombros —. Podría ser una revolución comunista, pero el comunismo se extinguió en el mundo hace cosa de veinte años. Tampoco creo que la gente se haya vuelto loca de repente. Y este «humo azul que dices... ¿estás seguro de haberlo visto?

—Perfectamente seguro, profesor. No soy un visionario.

—Pues lo pareces, hijo—se rascó la cabeza. En la puerta sonó el zumbador. El sabio levantó la cabeza—. Ese debe de ser Hapman, mi ayudante de laboratorio. Salió hace poco a comprar los diarios. Veremos si él también ha observado algo...

Se encaminó a la puerta. Abrió, entrando un alto y fornido mocetón pelirrojo, vestido con sobretodo gris. Debía de haber empezado a lloviznar, porque lo llevaba mojado, con menudas gotitas de agua. Ya había imaginado algo así Monty, al ver la creciente nubosidad y el húmedo ambiente de la tarde, cuando llegaba a casa del profesor.

— ¡Hola, Hapman! —saludó Ludowick. Extendió la mano, recogiendo los diarios de manos de su auxiliar—, ¿Ocurre algo raro en la calle? ¿Has advertido algo anormal?

— ¿Anormal?— Hapman le miró con perplejidad. Luego dirigió

una rápida ojeada a Monty—. No, había, profesor. ¿Qué es lo que podía ocurrir?

—Sí, eso es lo que yo digo — suspiró Ludowick.

Y mirando a Dawns agitó sus manos como diciendo: «¿Lo ves, alucinado del demonio?» —. Vamos, Monty. Si quieres trabajar un poco, mi laboratorio está dispuesto. Si lo que prefieres es cenar y descansar, también puedes hacerlo. Procuraremos que los bandidos «telépatas» no vuelvan a dar contigo.

—Sí, profesor, vamos. ¡Ah, la doctora Marlin se reunirá aquí conmigo dentro de un par de horas! Ha ido a ver a unos familiares. Juzgué más oportuno traerla aquí…

El profesor asintió:

— Sí, hiciste bien. Mi casa está a vuestra disposición, muchacho — miró a Hapman—. ¿Quieres avisar al restaurante para que suban cuatro cenas? Haremos un extraordinario, ¿no os parece?

—Bien, profesor—Hapman, sonriente, salió de nuevo a la calle.

Entonces Ludowick se llevó el mayor sobresalto de su vida. Dawns le aferró un brazo y habló roncamente, en voz muy baja, mirando hacia la puerta por la que había salido Hapman.

—Profesor, su ayudante, ese muchacho llamado Hapman… — comenzó tenso.

— ¿Qué? — Ludowick se volvió, mirándole con estupor—. ¿Qué le pasa a Hapman?

—Mentía cuando dijo que no ocurría nada anormal.

—Bueno, puede que ocurra y él no lo haya apreciado. Es algo torpe y…

—No, no. Hapman *es muy listo*. Cuando usted preguntó eso, en el acto me miró a mí. Y negó, mintiendo con absoluta seguridad. En cuanto a sus ojos… hay algo raro en ellos, profesor.

— ¿Raro? Yo no he advertido nada…

—Porque no ha visto a los que yo vi atacándome. Miraba igual que ellos… y algo, como si su pensamiento fuera demasiado fuerte, golpeó en mi cráneo con fuerza. Creí leer, por un instante, en su interior. Algo así como: «Tú eres el peligroso hombre a quien se persigue »

— ¡Pero… pero es absurdo, grotesco, Monty! — gruñó el sabio —. ¿Estás seguro de que no andas algo mal de la cabeza, muchacho? Creo que deberías descansar un poco, y eso se te pasaría…

— ¿Descansar? — Dawns, vertiginoso, hizo algo que Ludowick no podía esperar. Se lanzó como una catapulta contra la puerta del exterior, por la que Hapman había salido poco antes. La abrió de un

tirón, y gritó—: ¡Mírelo por sí mismo, profesor!

Hapman, sorprendido, se echó atrás. Pero ya Ludowick le había descubierto con la cabeza apoyada en la puerta, escuchando...

Monty hizo una prueba. Mentalmente nada más, sin pronunciar palabra, durante el silencio qué siguió compuso una acusación contra Hapman:

—Voy a matarte, Hapman. Eres un loco como todos esos de ahí fuera... y yo Un «desocupado»... Tengo que matarte, o tú lo harás con nosotros.

Hapman reaccionó, a pesar de que no había hablado en absoluto. Miró a Dawns, con sus ojos extraños, brillantes, y gritó roncamente:

— ¡No, no puede matarme, doctor! ¡Yo no he hecho nada...! ¡No soy un loco!

Monty habló duramente-, avanzando hacia Hapman.

— ¿Ha oído eso, profesor? ¡Hapman es un «telépata»... o algo peor! ¡He formulado la acusación tan sólo mentalmente! ¡Y él ha replicado, como si yo hubiera hablado!

El profesor Ludowick, perplejo, asintió con la cabeza. Miró lleno de sospechas a Hapman. Éste retrocedía cada vez más. Pero Dawns extendió una mano férrea, le asió por las ropas y lo introdujo a viva fuerza, cerrando tras de é!.

Hapman pugnó por defenderse, pero Dawns le soltó un mazazo con su puño izquierdo y lo lanzó, trastabillando, contra un mueble metálico. Golpeó de tal forma que hubiera tenido que caer inconsciente. Sin embargo, resistió sin cerrar los ojos, dueño de todos sus sentidos, a pesar del escalofriante impacto de una arista del mueble con su nuca.

— ¡No he hecho nada! —-protestaba Hapman, entretanto—. ¡No estoy loco! ¡No pueden tratarme así!

—Indudablemente, es un «telépata» — asintió Ludowick, estudiando a su auxiliar—. No tiene la mirada peculiar en él; acertaste tú, Dawns. Pero ¿cómo diablos pudo engañarme durante tanto tiempo, sin sospechar yo nada?

—Esos bandidos se meten en todas partes — dijo Monty roncamente—. Sin embargo, no creo que su poder llegue al extremo de dominar una ciudad. ¿Tiene un arma, profesor?

—Sí —Ludowick fue a un mueble. Extrajo una pistola electrónica, y se la tendió a Monty—. Esta servirá, incluso contra un «telépata».

Dawns miró velozmente a Hapman cuando empuñó el arma. Esperaba en él un gesto de terror o de angustia. No fue así. Miraba curiosamente la pistola color rojo. Como si fuera la primera vea que la

veía. Parecía no saber lo que era una pistola...

La idea penetró en la mente de Dawns con fuerza. Vaciló, asombrado. Y de nuevo su cautivo reaccionó de forma anómala, imprevista.

— ¡Claro que sé lo que es una pistola!—habló secamente—. ¿Es que es usted el que se ha vuelto loco, doctor Dawns? No es la primera vez que la veo...

Rápidos, Dawns y Ludowick se miraron entre sí. Luego clavaron los ojos en Hapman, que había enmudecido, como advirtiendo que cometía un grave error al hablar así. Apretaba los labios, apoyado en el mueble, y les miraba con ojos rencorosos.

—Profesor, aquí ocurre algo muy extraño —dijo lentamente Monty —.No sólo lee los pensamientos más profundos... sino que, además, miente. Es cierto que jamás ha visto una pistola. O si la vio, no la recuerda.

— ¿Amnesia? — se asombró Ludowick.

—O una enfermedad especial. Una locura, un desequilibrio mental, algo que está ahí dentro, en su cerebro...

Hapman dio un respingo, bajo la acusación de Monty Dawns. Ludowick dijo tras una pausa tensa y desconcertada:

—Es posible, Monty. Vamos a practicar en Hapman un encefalograma detallado. Eso nos aclarará el misterio de lo que le ocurre...

Pero Hapman pensaba de muy distinta forma. Se lanzó como un rayo hacia la puerta, tratando de huir. Dawns lo había esperado por una especial corazonada. Se cruzó en su camino y le lanzó un golpe, con el cañón de la pistola, a la cabeza. El trastazo fue durísimo, pero a Hapman no le afectó, y logró alcanzar la puerta, empegando a forcejear para abrirla.

— ¡Se escapa!—aulló Ludowick—. ¡Dispara, Dawns! ¡Dispara, puesto que no hacen efecto en él los golpes.

Monty no había querido hacer esto. Pero era necesario, si quería frenar a Hapman y tratar de averiguar el extraño misterio en que se hallaban inmersos.

Apuntó y disparó cuando ya Hapman abría la hoja metálica. El impacto electrónico le golpeó en la pierna, perforándola a la altura del muslo. Con un sibilante rugido, Hapman se precipitó a tierra, rodó hasta los pies mismos de Dawns... y miró a éste con ojos desorbitados, furibundos... ¡sin perder el sentido pese a su enorme herida!

Dawns y Ludowick se miraron con franco estupor. El profesor fue el primero en hablar:

—Vamos, le conduciremos abajo. Este caso merece estudiarse…, y muy a fondo.

Dawns asintió. Ludowick, entretanto, había extraído una cápsula de su bolsillo. Miró significativamente a Monty, y éste rápido, contuvo la respiración. En el acto, a pesar de su «autocontrol» mental, dominando los pensamientos, Hapman captó lo que pensaba el profesor y quiso contener su propio aliento.

Pero llegó tarde. Su torpeza física no estuvo a la altura de su agudeza mental. Y al estallar la ampolla entre los dedos de Ludowick, el gas letal penetró en Hapman, desvaneciéndole finalmente.

— ¡Vivo, al gabinete de análisis! —dijo Ludowick.

Dawns guardó la pistola, cargó con el auxiliar, del profesor a hombros, y ambos se encaminaron a la planta baja del edificio…

* * *

El quinto y último «test» había terminado.

Ludowick, con mano temblorosa, echó sobre el inerte Hapman la sábana, después de la comprobación magnética de su cerebro. Leyó los encefalogramas y los tendió a Dawns, que, muy pálido, se mantenía como petrificado en medio del pequeño gabinete en sombras, con la única claridad de la luz roja sobre la faz inerte de Hapman.

—Dios mío…—jadeó Monty—. Resultado de los «test»: cerebro gigantesco, totalmente infrahumano… Perverso y capacitadísimo para el mal… Nulo dominio de su fortaleza física, por falta de hábito a ella…, a pesar de que Hapman tiene ya treinta años… Enorme poder de telepatía y transmisión a distancia de sus pensamientos…, y sin masa encefálica en su cráneo. En vez de eso, un vapor azul y frío bulle ahí dentro, dictando sus actos y trabajando con la potencia de mil cerebros juntos… En resumen, profesor Ludowick… que Hapman no es humano.

—Eso es — roncamente, el profesor se pasó una mano por la frente empapada en sudor—. Suena a increíble, a absurdo… pero es así.

—No es humano…—miró a Hapman, como alucinado—. ¡No es humano!

—Y no tiene un cerebro humano. El vapor azul que usted vio en la calle vuelve a hacer su s parición, Dawns… —Serge Ludowick se dejó caer en un asiento—. Dios santo, ¿se da cuenta de lo que esto puede significar?

—Sí. Hay tres posibilidades: una plaga extraña, una epidemia todavía más extraña… o una invasión.

— ¿Una invasión... de qué? — farfulló el profesor Ludowick, estremeciéndose.

—No lo sabemos. Pero si, uno a uno, todos los londinenses sufren el ataque de ese gas azul o lo que sea y se transforman en seres como Hapman, que, en vez de masa encefálica, piensan de un modo superdotado, con el vapor azul metido bajo la bóveda de su cráneo y una total apariencia humana, ¿qué se puede pensar? Imagínese lo que serán millones de seres así. Usted mismo ha visto la prueba encefálica. No tienen una sola idea buena. Todo es maldad, una fría y terrible maldad como jamás sintió el ser humano. Hemos tratado de saber de qué procede, o qué es lo que se apoderó de él, y aun estando inconsciente, su extraña mente se resiste a revelarlo, se cierra a toda reacción legible en las bandas magnéticas de encefalografía. Es asombroso, profesor.

—Asombroso.., y horrible — declaró con voz ronca el sabio.

—Tenemos que hacer algo. Avisar a la Policía, a la Prensa, a las Autoridades...

— ¿Policía? — los ojos de Ludowick le estudiaron con frialdad—. ¿No me has dicho que te perseguían a ti?

—Es verdad — la expresión de Dawns se transfiguró—. ¡Cielos, si también la Policía, los periodistas y todo el mundo en esta ciudad se... se han transformado en eco, será espantoso! ¡Cuando esos cerebros dominen la fortaleza física del ser humano a placer, se convertirán en auténticos titanes invencibles... capaces de aniquilarlo todo!

—Exactamente. Capaces de aniquilarlo todo... —suspiró Ludowick, mirando hacia el cuerpo de Hapman. Se estremeció y avanzó hacia la salida del gabinete—. Vamos, Dawns. Hay que pensar algo... ¡Y urgente!

* * *

— Cavendish Square, Bloomsbury. Eso dice ahí, Kraa.

Los dos «*Khrees*» se detuvieron ante la esquina de la rectangular plaza, con un jardín circular en su centro. Clavaron los ojos de numerosas celdillas en la gente que transitaba rápidamente, bajo la fina llovizna que había empezado a caer, charolando el asfalto negro de la ciudad.

Ellos no conocían la lluvia. Por eso les estremeció su contacto, como si les quemara. Luego rieron a su modo, silenciosamente, mirándose y apretando sus manos, como dos vulgares enamorados terrestres.

Sólo que ellos no eran terrestres. Y su misión era concreta:

«matar»». Matar a cualquiera de los seres humanos con los que se cruzaban. El sombrero bajo de Kry, y el gorro inclinado de Kraa, así como sus ropas de humanos, envolviendo su figura azul y extraña, les disimulaba un poco a ojos de los escasos terrestres que quedaban ya en Londres «desocupados». La niebla, perforada por la sutil lluvia, hacía el resto.

— ¿Dejamos aquí el vehículo entonces? — preguntó ella.

—Sí. 'Tenemos que obedecer a los Coordinadores, o seremos muertos sin piedad por nuestros propios hermanos. Ellos adivinarán pronto que faltan dos registros de control, y nos buscarán. Sabes lo fácil que les será dar con nosotros...

—Sí, claro... — Kraa inclinó la cabeza. Había empezado a habituarse a aquel mundo desconocido. Le gustaban las calles, los edificios, la forma de vida de los seres de la Tierra. Y su luz, sus tiendas, sus jardines. Incluso su lluvia era un sorprendente hallazgo para los habitantes del frío mundo cercano al sol azul de Rigel—. ¿Quedan muchos terrestres en derredor nuestro?

— No. Apenas un cinco por ciento. Casi todos son ya hermanos nuestros, ocupando los cráneos de los hombres y mujeres de este planeta, puedo advertirlo fácilmente, Kraa.

Siguieron avanzando, ahora a pie. En el aparcamiento, por cualquier eventualidad, quedaba el aeromóvil.

Pasaron la plaza. En la entrada de una amplia calle, llamada Wigmore, había un edificio blanco, de alta torre y ventanas iluminadas. Lo rodeaba una verja y un jardín bordeado de setos. Leyeron las grandes letras luminesceni.es: «HOSPITAL BLOOMSBURY. PSIQUIATRA Y MEDICINA MENTAL». Kry rio divertido.

—Poco se figuran esos lo que ocurre — comentó —. Su Ciencia no les sirve de nada. Absolutamente de nada, frente a nuestros cerebros...

Iban a seguir adelante, cuando ella avisó:

— ¡Cuidado, viene alguien! Es una mujer... por esta misma acera.

—Sí — Kry concentró sus pensamientos en la figura que avanzaba por la acera brumosa—. Y es una terrestre, no uno de los nuestros. Cuidado, Kraa, procura apartarte de la luz. Si ve nuestras caras, chillará, y puede provocar complicaciones.

Cruzaron velozmente la puerta del hospital y se ocultaron tras un seto.

—Es... es muy bonita—dijo en voz baja Kraa, mirando desde detrás de un seto, a la puerta misma de la alta verja del Bloomsbury Hospital—. Me gustaría apoderarme de una envoltura así, Kry... por ti.

¿Me amarías igual, si tuviera ese aspecto?

—Te amaría con cualquier aspecto. Pero ciertamente, el de esa muchacha es muy atractivo. Si quieres...

— ¿Qué?—'preguntó ella sin aliento.

—Apoderarte de ese cerebro. De todos modos, hemos de iniciar el ataque. ¿Por qué no ahora?

—Sí, ¿por qué no? Es horrible lo que vamos a hacer. Pero hay que hacerlo, Kry.

— ¡Quieta! Viene hacia aquí... va a cruzar la verja. En cuanto pise el sendero de grava, harás tu metamorfosis. ¿La recuerdas bien?

—Claro. Una contracción... y seré una columna de humo. En el acto, me lanzo sobre su sien... y entro en ella.

—Eso es. Cuidado... ya está aquí. Preparada, Kraa... Luego, me reuniré contigo, en cuanto adopte mi propia envoltura humana... Ya entra..., ya pisa la grava...

Kraa se dispuso a iniciar su metamorfosis. La mujer, joven y atrayente, con mallas de plata en sus piernas, que faldita descubría muy por encima de las rodillas, pisó el sendero del hospital...

Era la doctora Ada Marlin.

Bien ajena al terrible peligro que la esperaba agazapado en la sombra, ella misma caminaba, confiadamente, hacia su total aniquilamiento como ser humano.

CAPÍTULO VII

FRENTE A «ELLOS»



L boletín meteorológico anuncia que durante las próximas horas, la capital seguirá sufriendo la persistente lluvia que desde el atardecer padecemos, y la niebla tendrá tendencia a aumentar, si bien se espera que mañana disminuya, a media tarde…

Irritado, Dawns cerró el receptor de televisión. Desapareció la imagen del locutor que se expresaba con la fría sonrisa profesional de los que siempre han estado ante una cámara televisora.

— ¡Todo lo mismo! —rugió—. ¡Igual que si no sucediera absolutamente nada!

—Vamos, cálmate, Dawns — pidió sosegadamente el profesor Ludowick—. Perdiendo el control de los nervios no resolveremos absolutamente nada.

— ¿Ha visto eso? — señaló Monty hacía, la pantalla apagada—. ¿Ha observado a ese locutor? ¡Sus ojos, su modo mecánico y frío de hablar, su expresión facial…! ¡Es otro poseído de esa «locura azul» o lo que sea!

— ¿Tú crees? ¿No verás ya demasiados fantasmas, impresionado por los sucesos? Es Dan Kellog, de la BSC-TV… Estoy harto de verle en mi receptor cada día…

— ¡Sí, es su «envoltura» humana, su físico. ¡Pero ya no es él… como tampoco lo es Hapman! ¡Locutores, periodistas, policías, ciudadanos, acaso políticos, soldados, absolutamente todos en derredor nuestro… no son lo que aparentan! Pero todavía lo fingen, sin duda para no alarmar a los que conservan la normalidad, y provocar así una reacción…

—No sé, Dawns. Todo esto es tan absurdo, que ni siquiera sé que pensar, de ello ¿Cómo diferenciar a unos de otros, salvo en ese detalle insignificante que tú dices, del brillo de las pupilas, que por otro lado puede ser sumamente engañoso?

—No se pueden diferenciar, profesor. ¡En cambio, a nosotros sí nos diferencian! Y creo saber cómo… Pronto, he de bajar al laboratorio. Quiero hacer algo, lo más deprisa posible.

— ¿Qué es ello?

—Mi suero. Mi invento, profesor. Va a ser más necesario que nunca. Yo luchaba contra «telépatas» vulgares, hombres superdotados, capaces de leer en la mente ajena con cierta facilidad, que aprovechan

esas facultades para extorsionar, robar o cometer delitos de todo tipo. Pero esto es algo nuevo, increíblemente más peligroso y feroz. Sea enfermedad, invasión extraña o algo así, hay que combatirlo. Pero nunca podría combatirlo nadie, estando a merced de ellos, sabiéndose conocido, observado, en cuanto uno esta, como ellos dicen, «desocupado».

— ¿Y Qué remedio ves? ¿Tu suero mental?

— Sí, Mi suero no es un éxito total aún. Por eso necesitaba sus laboratorios. Para perfeccionarlo para lograr una duración definitiva, concluyente en el proceso aislante de ideas y de reflejos mentales, que reduzcan al cero absoluto las ondas magnéticas que despide nuestra mente al funcionar, y con ello aislemos por completo las funciones del encéfalo a cualquier detector externo que quiera «leer» en ellas.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que has logrado exactamente en ese terreno?

—Un aislamiento temporal. Una acción envolvente que no excede a las seis horas por dosis ingerida. Cada dosis es de un gramo, No se puede administrar mayor cantidad. Pero no daña, tomado cada seis horas.

—Es decir. Que puedes mantener en ese letargo externo a tu cerebro, a pesar de que funcione con normalidad, sin emitir ondas telepáticas, capaces de ser captadas, durante cierto número de días con la necesidad de ir tomando la dosis cada seis horas

—Si.

— ¿Y de cuántas dosis dispones?

—Exactamente de diez. Ni una más.

—Eso significa que puedes aislarte del exterior mentalmente se entiende, y poder pasar sin peligro entre toda clase de telépatas… sesenta horas

Yo solo, sí. Pero están Ada y usted, profesor.

—Oh, por mí no te preocupes, Dawns. Soy viejo — sonrió Serge Ludowick —-. Si he de caer en poder de esa locura, enfermedad o lo que sea, no me importa. Eso sí, quisiera que me prometieses algo, si llegas a descubrir en mí síntomas de… de que he dejado de ser yo… dispara esa pistola. No a mi pierna ni a mis manos. A matar, Dawns.

—Profesor…

—A matar. ¿Prometido?

— Sí — respiró hondo—. Sería lo mejor para todos a pesar de resultar tan doloroso. Se lo prometo. Pero ahora tomará conmigo una dosis. Y hemos de ir en busca de Ada, esté donde esté, para advertirla. Lo posible que a estas horas corra peligro, profesor. De haberlo sabido,

nunca la hubiera dejado sola... Iré a Bloomsbury a por ella, en cuanto hayamos ingerido esa droga, profesor...

Se encaminó a la sala inmediata, adonde dejara sus pertenencias antes de ser raptado. Extrajo un pequeño estuche metálico y lo abrió. Había diez píldoras reducidas, esféricas. Tomó tres y cerro la cajita. Quedaban siete. Cuatro para Ada, tres para él... a no ser que Ludowick siguiera tomando también.

Regresó lentamente a la salita. El profesor Ludowick estaba asomado a la ventana. La había abierto, y recibía lluvia en su rostro. Monty lanzó una imprecación.

— ¡Profesor no sea imprudente! Cierre esa ventana en el acto... o puede verle alguien del exterior y atacarle... Tome, su píldora.

Serge Ludowick se volvió, cerrando la ventana con presteza. Lo hizo tan nerviosamente, que le falló el cierre. Tuvo que repetir la presión, para ajustar la ventana.

—Sí Monty —dijo rápidamente, sonriéndole —. Perdona. Creo que no debo cometer imprudencias así... Dame esa droga, muchacho.

Extendía la mano a por ella. Pero Monty Dawns ro miró a su mano. A través de los cristales de sus gafas, estudió la faz contraída del profesor Ludowick. Él rehuía su mirada.

Aun así Monty descubrió el extraño brillo de sus pupilas. Un escalofrío recorrió su ser. De soslayo, contempló la ventana cerrada. Acaso se habla cerrado ya demasiado tarde para Serge Ludowick....

Pero tenía que hacer la prueba. Mientras avanzaba, con la píldora en la mano, formuló intensos pensamientos:

—Voy a matarte, profesor... Eres un «ocupado»... Lo sé

Mientras pensaba, no movía un músculo de su cara. Seguía Monty sonriendo, como si no sospechara en absoluto de Ludowick. Pero este lanzo un chillido y reculó.

— ¡No, Monty, eso no! — aulló su viejo amigo—.

— ¡Soy el de siempre... tu maestro y camarada...! ¡No puedes sospechar eso...!

Una palidez mortal cubrió el rostro de Monty. Era cierto. Ludowick era ya uno más de aquella comunidad desquiciada del Londres de hacía unas horas. La ventana, imprudentemente abierta, debía de haber dado paso a una columna de gas azul. Ahora, el «telépata» no tenía de Ludowick más que la envoltura humana.

—-Lo siento, profesor—dijo lentamente Monty—. Usted mismo me exigió esa promesa... Si descubría en usted ese horror, debía acabar con usted. Sus conocimientos, en poder de ese extraño que lleva dentro, serían terribles para los que aún quedarnos en pie.

—-¡Monty, no hagas eso!—gimió Ludowick, con gesto de horror —. ¡Yo soy el de siempre!

—No. Mi amigo Ludowick jamás hubiera leído un pensamiento. Y esos ojos, su brillo anormal… Esa expresión fría, mecánica… Esa torpeza de movimientos y gestos… Sé que no mato al profesor, sino al ser o a la dolencia que terminó con él y con su mente…

Disparó cuando el trastornado Serge Ludowick, a la desesperada, se lanzaba sobre él. Monty Dawns se limitó a apretar el resorte de su pistola electrónica.

El chorro de luz incandescente hirió el cráneo del que fuera su mejor amigo y maestro. Horrorizado, Dawns cerró los ojos ante el resultado del impacto mortal sobre la cabeza de Ludowick. El profesor chilló, con una voz inhumana, atroz…

¡Y corno un cráter azul, un espumeante estallido color añil, brotó de la cabeza perforada, goteando igual que si fuera sangre color cobalto, sobre la faz crispadas por la muerte de quien ya no era Serge Ludowick…

Cayó de rodillas, luego de bruces. Si gas azul brotaba formando un tenue vapor de su abertura en el cráneo, se licuaba al contacto con el aire, y caía en espeso charco sobre la alfombra del gabinete.

Acaso un ramalazo de vida, de inteligencia propia, de algo que el ser humano poseía y que estaba fuera del alcance de ningún invasor extraño, hizo que la última mirada del profesor hacia Monty fuese singularmente humana, patética. Una despedida muda, una gratitud profunda, surgida acaso de lo único que ningún adversario podía atacar: el alma, el espíritu del hombre…

Luego se abatió de bruces. Estaba muerto.

Monty contempló con horror el cuerpo sin vida. Luego, miró aquel charco azul con intensa furia. Era el mal que devoraba seres humanos, el alucinante cáncer que estaba atenazando los cerebros de todo Londres, acaso del mundo entero…

Miró después las píldoras que aún conservaba en la mano. Dos, regresaron a la caja metálica. La otra pasó a sus labios, fue engullida…

Respiró hondo. Ya estaba drogado. Le bastaba esperar unos minutos, no más de cinco. Luego, se lanzaría por la ciudad. No sería descubierto. Nadie penetraría en su mente, aislada de todo contacto exterior, como protegida por una envoltura que impedía la dispersión de ondas mentales. Faltaba saber si eso daría resultado o no…

Pasaron los cinco minutos. Notó que su cerebro funcionaba perfectamente, que todo iba bien. Se dirigió a la cámara de «tests» y se probó en el encefalógrafo. La aguja no registró nada, ni siquiera en sus

momentos de mayor concentración mental y de violencia en las reacciones cerebrales.

Satisfecho, se apartó del aparato. Sin soltar su pistola electrónica, que sepultó en el bolsillo, se dirigió a la salida del edificio. Miró por última vez al infortunado Ludowick. Si no hubiese cometido la imprudencia de abrir la ventana, no hubiera corrido esa suerte. Ahora ya nada podía hacer por él...

Como un rastro siniestro de horror y de amenaza, el charco azul continuaba allí, ante él, rodeando la venerable cabeza canosa. Con un suspiro, Dawns se alejó de allí.

Caminó por las calles. Rígido, igual que un autómata, las manos en los bolsillos, la pistola aferrada en uno de ellos, presta a vomitar el chorro de luz mortífera.

La llovizna caía, caía insistente, pertinaz... Las calles estaban brillantes, reflejando las luces lechosas del alumbrado, como simples halos blancos en la niebla.

Se sentía como un extraño en su propio mundo... Un náufrago cercado por seres humanos.

Avanzaba entre la bruma, por las calles lluviosas. Todo parecía igual, como un día cualquiera de Londres. Desde Piccadilly a Mayfair, desde el Strand a Soho...

Pero no era así.

Acaso era él la única persona en saberlo, el único ser viviente capaz de poder avisar a oíros, fuera de Londres. A Inglaterra toda... a Europa... ¡al Mundo!

Y no podía.

No podía, porque en aquella enorme urbe, con más de diez millones de habitantes, aquel húmedo y frío diciembre da 1992, se sentía como perdido en un marasmo alucinante, cercado de cerebros azules y poderosos, entre los que sólo su cerebro era aún normal, equilibrado, humano...

Sólo su cerebro... La idea le dio escalofríos, se detuvo en una esquina, bajo una luz blanca, cruda y brumosa.

¡Sólo su cerebro!

—*Sólo mi cerebro*...—-musitó a flor de labio—, ¡Dios mío! ¿Y Ada?

En ese instante, alguien dobló la esquina. Un hombre enfundado en un impermeable claro, con el sombrero sobre su rostro. Casi chocaron los dos. Se miraron un segundo, bajo la luz blanca.

Fue como si algo golpeara con intensidad la mente de Monty Dawns. Unos ojos brillantes, sumidos, se clavaron en su frente un

momento. Y esa onda mental fue rechazada, rebotó como si un muro de goma envolviese el cerebro de Monty.

Dawns procuró que la luz cayera sobre sus ojos, haciéndolos brillar. Achicó las pupilas, clavadas con insolencia en el otro hombre. Éste sonrió burlonamente, hizo un leve gesto y siguió adelante.

Pasó junto a. Monty se perdió en la niebla, encorvados sus hombros, hasta fundirse con los jirones de bruma pastosa» Los pasos sordos resonaron mecánicamente sobre el asfalto negro y brillante. Igual que si caminara un autómata, un *robot*...

Un *robot* humano, pensó Monty, con un estremecimiento. Él también siguió andando en la noche silenciosa de un Londres hostil, tenso, amenazador, envuelto en sombras espeluznantes de terror y de angustia.

Se cruzó con otras muchas personas. Todas ellas tenían la mirada brillante, alerta y cauta de los «poseídos» por... por aquello. Imaginó el interior de su vacío cráneo, invadido por un gas azul.

Y su mente, impermeable a los detectores externos como sus ropas a la llovizna que las hacía brillar, esbozó de nuevo la pregunta qué le zahería violentamente desde hacía algún tiempo.

— ¿Y Ada? ¿Qué será de Ada Marlin en estos momentos? ¿Qué nuevo horror voy a encontrarme en Bloomsbury cuando la encuentre... *si es que la encuentro alguna vez?*

En una plaza inmediata logró encontrar un aeromóvil aparcado. Lo hurtó, subió a sus mandos y lo condujo con la máxima velocidad que la densa niebla le permitía. El agua corrió por los vidrios plastificados y la carrocería oblonga del coche urbano.

Aceleró más y más, ávido por alcanzar Bloomsbury, por tratar de localizar a Ada Marlin antes de que fuera demasiado tarde..., si es que no lo era ya.

* * *

Los dos *Khrees* empezaron a abandonar su protección del seto. Kraa inició la contracción que había de convertirla en una columna de humo, para atacar vertiginosamente a la bella víctima elegida.

Ada Marlin, ajena a ese horror que se suspendía sobre su cabeza, caminaba presurosa por la senda de grava.

Y de pronto...

— ¡Quieta!—el aviso de Kry fue mental, y la onda telepática, intensa como todas las emitidas por mentes *Khree*, alcanzó con tal fuerza a Kraa, que la frenó en el acto—. ¡No ataques, Kraa! ¡Espera! Mira, vienen otros hombres..., seres humanos también. ¡Espera!

Era cierto. Ella sintió su mano membranosa, azul, tirada por la más fuerte de Kry. Las dos débiles criaturas azules del lejano mundo de Perseo se hundieron de nuevo en las sombras del jardín, bajo la lluvia.

En la rotonda iluminada del hospital Bloomsbury, hablan aparecido tres hombres. Todos ellos con batas blancas. AI ver venir a Ada, se detuvieron y miraron hacia ella. Dos eran jóvenes; el tercero, de cráneo calvo, con escasos cabellos grises, de bastante más edad.

—-¡Eh, si es Ada! —.exclamó uno—. ¡Ada Marlin!

— ¡Buenas noches, Ada! —saludó el otro—. ¿Qué te trae por aquí con esta lluvia?

—He querido venir a saludaros—sonrió la joven y gentil doctora —. Mi trabajo con Montgomery Dawns no me deja mucho tiempo libre. Y ya que he estado a visitar a mis parientes, sin encontrarlos en casa, he pensado en mis viejos camaradas del hospital Bloomsbury.

— ¡Diablo, no nos llames viejos, ni siquiera refiriéndote a nosotros como, amigos! — rio uno de los muchachos—. ¡Nos produce un terrible complejo!

Ada se había detenido bajo el semicírculo de luz que formaba la gran marquesina de la entrada principal al establecimiento sanitario. Estaba muy bella a la claridad aquella, y los tres médicos la saludaron colmándola de elogios como siempre.

—-Dawns es un viejo prematuro—.comentó uno de ellos alegremente —. ¡Seguro que no te ha dicho nada todavía, ni se ha fijado en lo bonita que eres!

—-El doctor Dawns es un sensato científico, no un loco como vosotros — rio ella.

—Es que hace falta ser demasiado sensato para no fijarse en usted, doctora Marlin—.comentó el médico de más edad con una sonrisa—Y les dejo, muchachos. Tengo trabajo dentro.

—No será en la sala tres, ¿verdad? — comentó frívolamente uno de los jóvenes galenos.

—No, por desgracia—.suspiró el médico de más edad—. En la Sala Tres no hay ya nada que hacer. Esos pobres muchachos sufrieron los efectos de las radiaciones en sus cabezas, cuando les estalló la pila atómica. Morirán de un momento a otro, con el cerebro saturado de radiactividad mortal. Pero en las Salas Cinco y Nueve hay otros casos, y ustedes lo saben. Por favor, no dejen de venir mañana a la hora exacta. No comprendo la ausencia del turno de médicos de noche, en su mayoría. Pero espero llegarán a tiempo...

Saludó a Ada, y se metió en el blanco edificio. Los dos médicos

jóvenes se dedicaron a charlar con ella, ofreciéndola sus respectivos coches para conducirla a alguna parte.

Ella se negó a ambos, y se excusó con su graciosa sonrisa.

—No, gracias, muchachos. Quiero recoger unos informes del laboratorio, sobre los bandidos «telépatas», y luego me reuniré con mi «sensato doctor Dawns», como vosotros le llamáis.

— ¡Qué suerte tiene ese condenado Monty! —suspiró uno de ellos, con aire resignado—. En fin, Ada, qué hemos de hacerle. ¿Vienes, Danny?

— Sí, vamos — asintió el otro -—. Hemos fracasado. El «doctor de las ideas locas» es muy afortunado. Y siempre nos gana la partida. ¿Qué tendrá ese tipo?

Ada rio. Ellos se encaminaron al aparcamiento inmediato, tomaron dos vehículos, y salieron, agitando sus manos a Ada. Ella les despidió y entró en el hospital.

En la oscuridad, bajo la lluvia, dos rostros azules, de ojos cuajados de celdillas brillantes, se miraron entre sí.

—Hay que esperar — dijo Kry—. No tardará en salir de nuevo.

— ¿Y si lo hace acompañada?

—Si va con uno solo, atacaremos los dos, Kraa. Si son más, esperaremos aún. Ya sabes qua cada uno de nosotros, solo puede atacar a un terrestre.

Asintió Kraa. Esperaron. Transcurrieron los minutos. No se impacientaban. Ellos no eran nunca impacientes. Si tiempo no les preocupaba, no tenían prisa para nada.

Finalmente, reapareció ella. Identificaron en seguida su esbelta, graciosa figura, y la armonía de movimientos del cuerpo femenino, con sus bellas piernas enfundadas en mallas plateadas, calzada con zapatos blancos.

— ¡Viene sola! —dijo Kraa en un murmullo monosilábico.

Él afirmó. Ada cruzó la senda de grava ante ellos, salió a la acera exterior, con unos papeles de anotaciones en sus manos. Los dobló, los guardó en un bolsillo y continuó taconeando graciosamente, acera arriba, bajo los focos de luz blanca que difuminaba la niebla. El asfalto negro, espejeante, reflejó su silueta de claras ropas ceñidas, las curvas suaves y bellas de su cuerpo femenino.

Los dos seres azules de *Khray-Azul* salieron del seto. Comenzaron a caminar tras ella, por la acera desierta del Bloomsbury silencioso y desolado, a pesar de la poco avanzada hora.

Ada miraba en torno con inquietud. No comprendía aquella carencia de ruidos y de voces, de animación y de vida en Londres.

Como dijera Monty, algo ocurría Pero ¿qué era?

De súbito, se detuvo. Algo le dijo que corría peligro. Pero no vio a nadie ante sí. Se volvió entonces.

A su espalda, vio caminar las dos siluetas embozadas, dos figuras que parecían humanas. Pero frágiles, enjutas, menudas y débiles al parecer, pese a sus ropas anchas... Pisaban sin hacer ruido, sigilosamente... ¡Se acercaban a ella!

De repente, un cono de luz hirió los rostros de los dos transeúntes que se aproximaban. Vislumbró su color azul..., unos ojos que parecían de insecto, provistos de mil celdillas luminiscentes...

Gritó, sintiendo un vivo escalofrío por todo su ser.

¡Hombres azules! *¿O ni siquiera eran hombres?*

Avanzaban ya hacia ella, como perros de caza sobre una pieza segura... Su chillido estridente aún brotaba entre sus labios, cuando se detuvo la extraña pareja azul, y un hálito de espantoso peligro, de muerte segura e inevitable, cercó a la bella Ada…

CAPÍTULO VIII

CONTACTO



MPEZÓ Kraa a encogerse sobre sí misma. Era parte de su metamorfosis rápida.

Después, convertida en una nube azul, perforaría la cabeza de Ada, la convertiría en una autómata viva, ocupada por su menté y su ser.

Ada Marlin, acorralada contra un muro alto y blanco, no sabía qué hacer. El horror, la inquietud y el desconcierto más profundos le mantenían como petrificada.

— ¡Rápida! — avisó Kry—, ¡En seguida, Kraa, ocupa tu puesto en esa terrestre! ¡Viene alguien! ¿Oyes ese aeromóvil? ¡Se acerca aquí!

Kraa vaciló.

Acaso esa vacilación salvó a Ada. Incluso salvo muchas cosas más, que ni Ada ni ellos mismos podían imaginar en ese momento. Kraa no estaba decidida a matar para cumplir con su siniestro deber sobre la Tierra. Eso, y la duda provocada por el sibilante zumbido de los reactores que se acercaban al lugar envuelto en densa niebla, prolongaron lo que hubiera sido fatídica y veloz aniquilación de la joven.

Su grito proseguía, sin oírlo ella misma. De la bruma brotó la forma oblonga de un aeromóvil, que rugió sobre las cabezas azules de los dos *Khrees*, para ir a tomar tierra en pleno centro de la calle, contra la regulación urbana. La portezuela se abrió de golpe. Una forma humana saltó a tierra con energía.

Kry trató de captar su onda mental para identificarlo. En el acto pegó un respingo y retrocedió, avisando a Kraa, al tiempo que tiraba de su mano:

—¡Ese no es un *Khree*! ¡Pero no puedo leer en su mente! ¡Algo ocurre, Kraa! ¡Huyamos!

Echaron a correr, alejándose de Ada. Ésta se volvió, blanca como el mármol, hacia el hombre que aparecía, como vomitado por la niebla. Le reconoció, estremecida de júbilo, de esperanzas...

— ¡Monty! —gritó, olvidándose de su tratamiento profesional y frío—. ¡Monty, tú...!

Dawns se abalanzó sobre Ada, la estrechó contra sí. Una simple mirada a sus dilatados ojos, llenos de terror, le demostró que al menos ella, seguía siendo ella. Y eso era suficiente.

— ¡Ada! ¡Criatura, gracias a Dios! —Y sin vacilar, llevado por un impulso superior que no supo dominar, ni siquiera intentó hacerlo, se inclinó sobre ella, cubrió los labios femeninos con los suyos, llenos de ternura—, ¡Aún era tiempo! ¡No estoy solo...!

— ¡Monty!—ella gimió su nombre, cuando se apartaron sus rostros—. ¡Esos horribles seres azules...! ¡Estoy muy asustada!

— ¿Eh?— Monty se volvió, en busca de los dos personajes que viera cerca de Ada. En su emoción, había llegado a olvidarles—. ¿Seres azules?

No había nadie en la calle. Estaban solos. Solos entre luces blancas, borrosas, niebla y llovizna. Solos sobre el negro asfalto. Tal vez solos en todo Londres...

—Sí, Monty — jadeó ella, abrazándose, estremecida por el frío, la humedad y el vivísimo terror que la dominaba, a la sólida figura musculosa del doctor Dawns—. Dos figuras humanas..., pero como de niños. Delgados, débiles, ligeros... Tenían la piel azul, la cabeza muy redonda... ¡y qué ojos! Como los de las moscas, provistos de celdillas, sin pupilas... Salieron de la niebla, a mis espaldas. Iban a atacarme, aunque no llevaban nada en sus manos. Pero intuí que me atacaban, que eran mis enemigos...

—Sí, Ada, lo eran... Lo eran... ¡y no sabes tú hasta qué punto!

—Monty..., ¿de veras me crees? ¿No consideras que estoy loca? — se sorprendió ella.

—No. no considero eso ni mucho menos. Te horrorizarás cuando sepas lo que he descubierto en este espacio de tiempo... Ven. Tenemos que encontrar a esos seres...

—-¡No! ¡No quiero verlos otra vea! ¡No podría... resistirlo!

—Lo resistirás, no temas...— meditaba rápidamente. Ahora ya

veía claro; por horrible que resultara la idea, la veía nítidamente—. De modo que era eso…

— ¿El qué, Monty? — musitó ella, casi temiendo la respuesta, porque le parecía que iba a ser más terrible que nada de lo que pudiera imaginar.

—No es una enfermedad ni una peste, ni una locura colectiva… ¡Son seres vivos! Extraños…, pero ¿extraños de dónde? Tal vez de otro mundo…

— ¿Fantasmas? ¿Te refieres a eso?

—No, no. No hablo de mundos muertos, sino vivos. Están vivos, Ada. Son seres vivientes, que nos invaden…, llegados de alguna parte, fuera de la Tierra…, acaso la invasión del espacio exterior, tanto tiempo temida, y tanto tiempo tomada a fantasía por los hombres… Seguramente es eso, Ada…

—Dios mío, ¿no huimos? Pueden volver, venir en mayor número…

—Espera. Ahí veo el Bloomsbury Hospital.

—Sí, yo he salido de él hace poco… cuando me atacaron.

— ¿Advertiste algo extraño en él?

—No… ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Vamos. Iremos a él. Hay que avisar a los médicos, a los hombres de ciencia que aún sean normales… ¡Hay que luchar de algún modo contra esa peste azul!

—Pueden haberse metido en el hospital y acecharnos…

—Es igual. Deja que nos ataquen — respiró con fuerza—. Mientras no se conviertan en columnas de humo azul, no les temo. Físicamente, dices que parecen niños. Cuando se meten en un cuerpo humano, se sienten torpes, cometen errores. Sin duda, la adaptación a nuestro físico les lleva algún tiempo. Ese tiempo es el que se debe aprovechar. Mentalmente, son fortísimos, auténticos colosos cerebrales, frente a nuestro limitado campo mental. Pero no hay ningún Aquiles que no tenga su punto vulnerable. Todo consiste en encontrarlo, Ada…

Se dirigieron al hospital. Cruzaron la verja, y avanzaron apresuradamente por el sendero de húmeda grava, mirando en torno a la oscuridad amenazadora, torva, de los jardines del Bloomsbury Hospital.

Pero nada sucedió en el trecho habitualmente corto y ahora largo, larguísimo, indescriptiblemente tenebroso.

El «hall» lleno de luz del hospital tranquilizó a Ada, que respiró aliviada. No así a Dawns, que sabía ya que la luz o la sombra no eran

obstáculo para los «ocupantes» de mentes humanas, para los devoradores de cerebros terrestres.

Una enfermera seductora, curvilínea, de breves ropas, melena rubia y carnosa, boca, avanzó hacia ellos, con sonrisa estereotipada.

—Buenas noches, señorita Marlin. ¿Desean ver al director de nuevo? Parece enferma. Está muy pálida. ¿Le ocurre algo?

Dawns no la perdía de vista. La hermosa enfermera clavó en él sus ojos un momento. Dawns experimentó de nuevo aquel rebote extraño de ideas en su mente. Descubrió el brillo anómalo, febril, en el fondo de las pupilas de la bella dama.

—Otro de esos monstruos azules, Ada—-dijo duramente. Señaló con mano firme a la enfermera —. Ahí lo tienes. Alojado, como una sierpe, como un tumor maligno, en esa bonita cabeza rubia…

La enfermera inició un retroceso, con una crispación malévola en su rostro. Los ojos se estrecharon, increíblemente perversos. Ada, perpleja, se quedó vacilando. Entretanto, sin la menor piedad, Monty Dawns extrajo su pistola electrónica. De nuevo descubrió en su antagonista aquel gesto de incomprensión ante el arma terrestre. Luego su poderoso cerebro advirtió la razón y 1a utilidad del artefacto, y quiso evitar lo inevitable.

— ¡No! ¡No haga eso! ¡No soy lo que usted cree!

Siempre la misma pueril negativa. Dawns, ante el grito estremecido de Ada, disparó sobre la enfermera. La aniquiló de un impacto en el cerebro. De su boquera surgió el licuado vapor azul. No había sido un crimen. Una vez más había acabado con un adversario de la raza humana…

— ¡Dios mío, Monty! ¿Qué has hecho? ¡Esa pobre muchacha…! —gimió Ada.

—Esa pobre muchacha era un invasor azul. Sean de donde sean, lo invaden todo, están en todas partes. Ada. Posiblemente, en los escasos minutos que faltas de aquí, todo haya cambiado en este hospital. Así van de ligeros. Penetran en todas partes. Yo mismo, con mi propia mano, he matado al profesor Ludowick. He herido de muerte a Hapman, su auxiliar…, porque ya no eran lo que parecían. Como esa bonita enfermera, que dejó de serlo cuando le penetró uno de esos malignos tumores azules en la cabeza. Ven conmigo, no te separes de mí por nada del mundo. Hemos de ver lo que sucede en este establecimiento.

Se encaminaron por un corredor blanco, amplio, extenso. Se detuvieron ante una sala rotulada con el número Uno. No vieron a médico, enfermera ni sanitario alguno. Tampoco habían enfermos en sus blancas camas.

En la sala Dos hubo igual resultado. Siguieron adelante. Todo el hospital parecía un enorme desierto, un vacío lugar de muerte y de silencio, ni ecos de pasos, ni voces, ni timbres, ni nada de lo habitual en tales lugares.

Ada, aterrada, iba con una mano firmemente sujeta al brazo de Monty.

—Esto no está igual que lo dejé yo hace poco— musitó, cuando avistaron la sala Tres frente a ellos.

—No, no es lo mismo — asintió Monty sombríamente —. Entonces tal vez era aún un hospital como otro cualquiera. Ahora es un cementerio. Un cementerio de cuerpos vivos...

Se detuvieron ante la puerta tercera. Ada recorro algo, y hablo a Monty suavemente:

—No, aquí no es preciso entrar, Monty... Les oí hablar de la sala Tres. Hay dos jóvenes que sufrieron un escape de radiaciones nucleares. Son muchacho y una muchacha... Estaban agonizando cuando me fui.

—Entonces habrá dos muertos. Quiero comprobar si no hay nada más...—abrió las puertas, de un empellón. Éstas oscilaron, mostrándole el interior. Estaba la habitación, dos lechos con sábanas revueltas, un contador Geyger, parpadeando su roja luz detector a con viva intensidad, en un mueble.

Pero si habían esperado hallar dos cadáveres, la sorpresa era mayúscula. Porque los dos ocupantes, una muchacha rubia, esbelta, de espiritual rostro pando y ovalado y grandes ojos azules, muy tristes, y un hombre muy joven, moreno y atlético, se estaban mirando, cada uno, sentado en el lecho, parecía lleno de vida y de energías.

Como arrobados, se contemplaron entre sí fijamente. Ada parpadeó. Monty creyó entender...

— ¿Radiaciones atómicas has dicho? — preguntó con aspereza a Ada.

Los dos jóvenes se volvieron a él vivamente. En el acto, Dawns descubrió el brillo de sus ojos. No era el habitual en los humanos. Su mano se aferró al arma que empuñaba.

— ¡Espere!—avisó el hombre moreno, un Apolo inerte y musculoso, de rostro simpático—. ¡No dispare! ¡Espere!

—Va a decirme que no es lo que me figuro, ¿verdad? — rio duramente Monty Dawns —. Ni su bonita acompañante tampoco, ¿no es cierto? A pesar de que hace sólo unos minutos eran dos moribundos sin salvación posible...

— ¿No voy a decirle eso — respondió lentamente el guapo

muchacho de pelo negro. Inclinó los ojos, y miró de soslayo a la rubia compañera que le estudiaba, como pendiente de sus palabras—. Si sabe la verdad, es inútil engañarle, terrestre. Somos dos *Khrees*.

— ¿*Khrees*? — Dawns por vez primera se sintió auténticamente desconcertado. No esperaba esa confesión—. ¿Qué dice?

—*Khree* es nuestra raza. Ella y yo tenemos un número, allá en nuestro mundo, terrestre. Pero nunca nos gustó ser números. Queríamos ser rebeldes. Ella es Kraa para mí. Yo, Kry para ella. Sí, no sospeche más. No puedo leer sus pensamientos, no sé por qué. Pero sospecho que es un terrestre, aunque me oculte sus ideas. Y que imagina que somos los dos seres azules que atacaron a su compañera.

— ¿Acaso no lo son?

—Lo éramos, sí. Mi Kraa iba a ocupar la mente de su amiga..., ¿no se llama Ada Marlin? Me ha parecido leerlo en su pensamiento.

—Sí, es Ada Marlin — con la mano izquierda buscó algo Monty en su bolsillo. Tendió una píldora a Ada—. Eso me ha recordado algo, Ada. Tómate eso.

— ¿Es la droga que...?

—Sí, es la droga. Resulta eficaz, ya lo ves. No temas, porque estos dos renacuajos azules no saldrán vivos de aquí.

— ¿Va a matarnos? — preguntó suavemente Kry, mientras Ada ingería la píldora.

—Sí. Ustedes vienen a matar. Yo no vacilo en matarles tampoco.

—Está bien — suspiró Kry. Estiró su mano fuerte, nervuda, de flamante ser humano. Aferró una, pálida y tersa, de la nueva Kraa —. Querida, vamos a morir. ¿Te sientes capaz de soportarlo?

—A tu lado, sí.— Kraa le miró fijamente—. Y sin remordimientos. Fue hermoso encontrar estos cuerpos, Kry. A punto de morir, ya agonizantes... y darles nosotros nueva vida. No tenemos que sentirnos culpables, Kry. Era horrible aniquilar a esa muchacha tan bella, pero usted, terrestre, sabe que tenemos que matar, que invadir... o nos matarían a nosotros.

—Hemos cumplido nuestra tarea. Poseemos cuerpos humanos — Kry habló con gravedad—. No vamos a durar mucho en ellos, pero resulta sorprendente sentirse con esta energía física, con este poder. Nuestros miembros originales son débiles, vacilantes, membranosos. Nuestro único poder es el cerebro, y con usted parece chocar sin resultado...

Dawns vaciló, con el arma en la mano. Tenía necesidad de disparar, de matar a aquellos extraños despiadados. Pero le desarmaba aquel modo de hablar. Aquella ternura en su intercambio de miradas,

en la turma de oprimirse las manos. Como dos enamorados terrestres...

—Han dicho antes que querían ser rebeldes. ¿Lo son? — preguntó con aspereza.

—Sí. Por ello pertenecemos a la casta de esclavos. Estamos esclavizados en galerías de trabajo, allá en *Kray-Azul*...

—¿*Keray-Azul*? ¿Qué es eso? — saltó vivamente Dawns.

—Nuestro planeta.

— ¿Planeta? — cambió una rápida mirada con Ada Marlin—. ¿De modo que... vienen del espacio, realmente?

—Sí. Déjeme pensar un momento — sonrió el joven fornido, que no era lo que aparentaba—. Tal vez antes de morir le sea útil. Leo... leo en la mente que ocupo que la exacta traducción sería ésta: vivimos en un pequeño mundo azul, en la constelación de Perseo... a la luz de la estrella Algol.

— ¡Algol! ¡«La Estrella del Diablo» de los antiguos!—Monty Dawns parpadeó—. ¿Desde tal distancia, más allá de nuestro Sistema Solar? ¿Es eso posible?

—Sí. Algol no está formado por dos estrellas que se eclipsan entre sí, por su diferente brillo y magnitud, según ustedes creen. Es una sola estrella de doble cuerpo, que gira sobre sí misma a enorme velocidad, mostrando su lado opaco unas veces, y su fas brillante en otras. Produce distinta cantidad de luz intermitente, ¿entiende?

—-Entiendo. — Dawns creía estar en medio de un juego de locos. Pero un juego siniestro, brutal, sangriento—. Los árabes atinaron al bautizar a Algol con ese nombre: Estrella del Diablo... Cabeza de Medusa también...

—Nos hemos resistido todo lo posible a ocupar cuerpos humanos. Sabíamos que era como asesinarles, aniquilar unas vidas de seres que nada nos habían hecho. Esto ha sido providencial. Pero ha fracasado, a pesar de todo. Siga adelante, terrestre. Tiene que matarnos. ¡Tiene que hacerlo, no dude! Otros de los nuestros les matarán a ustedes después... Es una guerra, usted lo sabe. No sé cómo lo ha sabido. Acaso es el único. Sólo su cerebro ha llegado a la verdad. Pero, puesto que lo sabe, es inútil dudar. Cada uno tenemos nuestro designio...

Monty Dawns asintió. Fríamente, levantó el brazo armado. Su pistola electrónica apuntó directamente a Kry.

—-¡Kry, van a matarnos! —musitó ella, convulsa, aferrándose a él.

—Ten serenidad, Kraa. No será doloroso. Un simple golpe... y todo habrá, terminado. — Él la acarició. Corno si realmente hubieran

sido siempre así, con aquella humana envoltura—. Creo que será mejor para todos. Así no veremos muchas cosas horribles...

Ada Marlin, rígida, asistía a la escena. No comprendía, no podía -comprender, porque todo era demasiado fantástico. Sin embargo, era capaz de comprender el amor. Y allí, entre aquellos dos seres que ella viera azules, horripilantes para su concepción de la belleza física, pero que entre sí se vieron sin duda siempre bellos, había amor. Ternura. Y fe también. Fe en algo, que tal vez estaba muy cerca del concepto de Dios...

Cerró los ojos, esperando el silbido del doble chorro de luz electrónica que aniquilaría las dos vidas extrañas, intrusas en la Tierra, y poseídas de cuerpos que no les pertenecían.

Pero cuando no percibió ruido alguno, y abrió de nuevo los ojos, descubrió algo anómalo también. Con un hondo suspiro, Monty Dawns bajaba su arma. Incapaz de dispararla, murmuró con voz sorda:

—Márchense a cualquier parte de la ciudad, lejos de aquí... ¡donde yo no les vea!—jadeó, febril—. Ustedes dos no alterarán en nada la invasión, si es real y triunfa. Tampoco influirán en la victoria nuestra, si lográramos alcanzarla... ¡Váyanse, no puedo matar a dos seres que se expresan así, sean del mundo que sean!

Reinó el silencio. Aquel primer contacto con seres de otro planeta, en forma casi humana, amistosa y directa, no podía ser más asombroso. Kry se incorporó, muy despacio. El cuerpo que ocupaba era alto, fornido. El de ella, al levantarse, mostró su fragilidad tierna y dulce. Se aferró a un brazo de Kry, siguiéndole cuando avanzó lentamente hacia Monty Dawns.

—Es increíble—-dijo despacio Kry—, ¿Todos los terrestres son así... como usted?

—Más o menos — admitió Monty —. Pero muchos dispararían... en mi situación.

—Lo creo. Es asombroso que no haya hecho usted lo misino. ¿Por qué no, terrestre?

— ¿Acaso sabe uno siempre el porqué de las cosas, hombre *Khree*? ¿Puede uno decir en todo momento la razón de sus actos o de sus decisiones? Idos a cualquier sitio, seres de otros mundos. Sois mis enemigos, nuestros enemigos. Pero hay cosas que un hombre no puede hacer, y una de ellas es matar fríamente asesinar al que no solo no se defiende, sino que admite sus culpas y confiesa que merece morir.

Kry dijo:

—Terrestre, yo he visto a mis semejantes matar por una razón más ínfima, sin piedad alguna. Una raza que piensa como tú merece triunfar, no ser subyugada por nadie.

El rostro de Monty se ensombreció.

—Pero estamos siendo subyugados. Quedamos muy pocos en Londres. Acaso solamente nosotros dos.

Y si no es así pocos más vivirán ya con plena conciencia, de su condición humana. Vuestros semejantes, esos seres azules de Perseo, penetran en mis hermanos de raza y de forma… Aún no sé cómo, pero lo hacen.

El *Khree* explicó:

—Es fácil referirlo. Podemos metamorfosearnos, terrestre, convertirnos en gas y penetrar en un ser vivo, absorbiendo sus ideas, recuerdos y características mentales, aprovechando para todo ello su propio físico. Sin embargo, eso nos esclaviza a algo: no podemos volver a salir del cuerpo que invadimos. Y morimos con él, si somos atacados, porque ya hemos pasado a formar parte de su propia existencia orgánica. ¿Lo vas entendiendo?

Monty asintió:

—Sí. Kry. Te entiendo. Lo sabía, porque he matado a algunos de los tuyos ya. Me agrada saber que no me mientes.

—Mal pago sería a quien nos perdona la vida, terrestre — sonrió el supuesto humano, el que no lo era, a pesar de su apariencia física —. No te puedo mentir. Traiciono a mi pueblo, lo sé. Pero debo referirte que… ¡Cuidado!

Su advertencia fue espontánea.

Se detuvo, tenso, con los ojos fijos en el corredor blanco, muy brillantes las pupilas.

No se veía a nadie.

Rápido, Dawns tomó consigo a Ada y penetró de golpe en la sala Tres. Las puertas batieron ante ellos, como débil barrera frente a lo que llegaba por el corredor, y que la superior mentalidad de Kry había captado lúcidamente.

Ada musitó:

— ¡Dios mío!

— ¿Qué ocurre? — preguntó roncamente Monty, con la vista fija en la zona de corredor que era visible a través de los agujeros redondos, reforzados de vidrio, de las dos hojas batientes.

Aún seguía desierto, sin rastro de vida humana o de presencias extrañas.

— *Khrees* — murmuró con sencillez impresionante Kry—.. Vienen…

Monty ahogó una maldición.

Ada preguntó:

Kraa se acercó a su amado con timidez, como asustada por la proximidad de sus propios hermanos de raza y de mundo...

— ¿Qué podemos hacer?

Monty no supo qué contestar.

Tensos, agobiados por el horror que producía siempre la cercanía de aquella horrible angustia azul, de aquel azote de Perseo: a la luz helada de Algol, esperaron los cuatro personajes en dramática actitud. Dos terrestres y dos *Khrees*. Dos invadidos y dos invasores. Seres separados por millones da millas de distancia en los espacios, pertenecientes a mundos distintos, a Sistemas Solares diferentes y remotos entre sí... aguardaban con igual temor, con igual hostilidad y violencia, la llegada de aquello que el joven y noble *Khree* había intuido por el corredor...

CAPÍTULO IX

PESTE AZUL



E percibió un rumor de pasos. Pasos mecánicos, firmes, rígidos…

Aparecieron batas blancas por el corredor. Todos aguardaron. Los que llegaban se detuvieron ante las hojas de madera. Las empujaron. Ada reconoció al director del Hospital, a sus auxiliares, al turno de noche de médicos de guardia.

Impulsivamente iba a pronunciar el nombre del viejo médico.

Se detuvo a tiempo. Los dedos de Dawns, cerrados sobre su brazo, la presionaron con vivísima fuerza, advirtiéndola. Ella contuvo su mueca. Mostró un frío, indiferente y helado rostro. Igual que Dawns mismo. Sus pensamientos mutuos no trascendieron. La droga estaba en plena acción, inmunizándoles a la poderosa telepatía de los demás.

— ¿Qué hacen aquí? — habló el doctor, con ojos muy brillantes, fijos en los cuatro—. ¿Son todos «ocupados»?

Asentimiento general. Los *Khrees,* una vez dentro de la envoltura humana, se adaptaban a ésta como si fuese propia. Y se expresaban en correcto inglés, con voz terrestre. La misma voz de su existencia habitual.

—Todos, señor — respondió de pronto Kry con voz sumisa.

—Bien. Soy el Coordinador K-3 — dijo con aspereza el falso director del Hospital—. Salgan de aquí… Vayan a ayudar a los demás hermanos *Khrees* en lucha. Londres es nuestro. Inglaterra entera lo será pronto. Luego, el Continente europeo. África después. Y seguirá Asia y América. El mundo entero será *Khree* dentro de poco…

Estaba mirando fijamente a Dawns y a Ada. Observó lentamente:

—No capto bien sus ondas mentales, hermanos. ¿Qué les ocurre?

—Han estado sometidos a una acción mental antes de ser «ocupados» — explico Kry.

—Que lo refieran ellos — cortó el Coordinador K-3 secamente—. Habla, doctor Dawns.

Con un aplomo impresionante, sabiendo que en ello les iba la vida, Monty comenzó a hablar. Dio a sus palabras el mismo tono mecánico y frío de los *Khrees*:

— ¿Sabes bien a quién he «ocupado»? — dijo apelando a todas sus dotes de actor, en una perfecta farsa—. Es un médico especializado en el cerebro humano. Debió de tomar algo, y tenía la mente atrofiada.- Aun yo mismo me debato en esa atrofia.

Espeto salir pronto de ella,. A esta mujer también le dieron lo mismo. Espero que pronto se nos pasará.

—Sí, el hombre a quien yo he «ocupado» era buen amigo del tuyo — rio el director de la clínica —. Y de ella también. La doctora Marlin estaba libre hace poco. ¿La viste tu caer?

—Sí. También yo — dijo Kry—. Ahora mismo nos marchamos.

—Será mejor. Aquí ya no tenemos nada que hacer. El hospital puede quedar desierto. Fue buena vuestra idea de aprovechar a dos moribundos, Contamos así con más soldados en esta guerra. Recordad una cosa: Su Majestad llegará mañana, según se dice, de regreso del Canadá. Tenemos los boletines de noticias continuándolo. Han de llegar y encontrar Londres perfectamente normal ¡Es absolutamente preciso que su Majestad también sea «ocupado» por nosotros! El Coordinador se encargara de ello.

— ¡Su Majestad! — susurró Dawns, a punto de delatarse por la excitación.

— Sí, la máxima figura de este país — el Coordinador-3 miró con rara fijeza un momento —. Mantenemos la normalidad absoluta en todo. Londres sigue siendo una ciudad normal... para los que llegan. Los viajeros que salen parecen normales, como es natural, para los que vienen de fuera, la ciudad es la de siempre. Y ya no vuelven a salir de ella. La radio, los periódicos, la televisión, todo en fin lo que sale al exterior, sigue normalmente para no alarmar a nadie. Se controla el correo, las líneas telefónicas, cables, telegramas, radiogramas y emisoras de aficionados. Cualquier superviviente terrestre escondido que quiera revelar la verdad es capturado en el acto. Todo está ya dominado. Vamos, dispersaos.

Asintieron ellos. Como un solo ser, los cuatro salieron, alejándose por el corredor. Tras ellos lo hicieron el Coordinador-3 y los demás.

La calle, silenciosa, sumida en el mutismo inquietante de la muerte extraña, provocada por la peste azul de otros mundos, era como la avenida de un inmenso y horrible cementerio.

Los dos auténticos *Khrees* se alejaron por un lado. Monty y Ada lo hicieron por el otro. El Coordinador-3 se quedó en la verja, viéndoles partir..., con la mirada singularmente fija aún en las espaldas de Monty Dawns y la doctora Marlin.

Durante un trecho muy largo de calle caminaron Dawns y ella a buen, paso, sin volver una sola vez la vista ni variar el ritmo monocorde de sus pasos por las calles llovidas, que la niebla acariciaba con jirones.

— ¡Dios mío, Monty! —dijo Ada con voz rota, al cabo de un prolongado rato de camino incesante, parándose a descansar—. No puedo más. El corazón parece que va a estallar, mi cabeza arde... y tengo la piel helada... Creo que estoy febril, enferma...

—Por el amor de Dios, Ada, hay que resistir y seguir adelante—-musitó Dawns, sujetándola por los hombros—. Hay que buscar el medio de salir de Londres..., de avisar a Su Majestad, a los demás... Ya

has oído que desde Londres nadie puede hacer nada...

Demasiado tarde, se dio cuenta Monty Dawns de su error.

Había hablado. Y no estaban solos.

De una esquina inmediata, surgieron hasta doce o catorce hombres, aparentemente humanos. Una hilera hosca, silenciosa, amenazadora, que avanzó hacia ellos. Monty comprendió que no eran londinenses vulgares. Eran *Khrees*. Los pensamientos no podían ser captados, pero sí las palabras. Y éstas se habían pronunciado con excesiva imprudencia.

— ¡Dawns, mira! — jadeó ella, lívida—. Vienen a por nosotros...

—Sí — asintió Monty, empuñando su pistola electrónica—. Vienen a por nosotros. De eso no hay duda, Ada. Hemos hablado demasiado..., y el Coordinador-3 debía de sospechar ya. Nos ha hecho vigilar de cerca...

— ¡Son muchos! ¡Estamos perdidos!

—Totalmente, Ada. No te hagas ilusiones.

—Entonces... ¿qué hacemos?

—Lo único heroico y digno: morir matando, como todo el que lucha hasta el fin por algo en lo que cree... Yo creo en mi raza, en mi mundo, en mi fe y mi Dios. Y en mi amor por ti, Ada. He necesitado saber el peligro que corrías para descubrir mi cariño hacia ti...

— ¡Oh, Monty, mi vida! —-ella se abrazó a él con la vista fija en la legión de *Khrees* que avanzaban, envolviéndoles—. Merece la pena morir así..., después de tanto tiempo amándote en silencio, sin encontrar eco en ti...

—Perdóname, querida — sonrió Monty con amargura—. Creo que me excedí en mi profesión y olvidé que era humano. Algo demasiado hermoso, que no debí nunca olvidar...

Los tenían ya ante sí. Dawns comenzó a oprimir el disparador de su pistola electrónica.

Chorros de luz barrieron la hilera. Dos cayeron en un lado, otros dos en otro...

Abrió huecos así pero la esperanza era remota. Porque por otra bocacalle asomaron diez o doce más. Y se sentía rumor de carreras muy cerca, de otros muchos *Khrees* aproximándose.

¡La tela de araña estaba tendida... y sin posible escapatoria ahora!

Se volvió, oteando a sus espaldas. El propio Coordinador-3, seguido de muchos falsos hombres, avanzaba tras de él, para acorralarle. Eran ciertas sus sospechas. El Coordinador había recelado de él y le tendía una trampa mortal.

—Sin remedio — suspiró Monty, abatido —. La carga se agota... Vamos a caer, Ada... a convertirnos en dos de esas horribles criaturas...

— ¡No, Monty! — gimió ella—. Prefiero morir a tu lado... Vamos, dispara sobre mí. Luego hazlo sobre ti... y todo habrá terminado. Es mucho mejor así.

—Sí. Creo que tienes razón... — asintió sordamente Monty.

Alzó la pistola magnética. Su dedo se apoyó en el disparador. Iba a matar a lo que más quería. Luego se volvería el arma contra él, cuando quedara únicamente su cerebro frente a diez millones de «ellos». Sólo su cerebro... durante una décima de segundo, antes de saltar a la Eternidad, a reunirse con ella...

En ese preciso instante, cuando los hermosos ojos de Ada brillaban de patetismo, de emoción, también tarde, sonó un zumbido estridente sobre ellos. Una forma vertiginosa se posó un instante en el aire, utilizando los Aero frenos. Una portezuela se abrió, sin que cesaran de zumbar unos turborreactores.

— ¡Pronto, arriba!— avisó la voz del joven que ahora era Kry, el «extraño» —. ¡Salten!

Dawns no vaciló. Soltó la pistola, cogió en brazos a Ada y se lanzó en un brinco inverosímil, penetrando por la abertura del vehículo. La puerta, accionada por el mando mecánico, se cerró de golpe.

Dentro del vehículo providencial, Kry movió los mandos y el aeromóvil partió a toda velocidad, rasgando la niebla, mientras un clamor de decepción y de furia invadía a sus adversarios sin fin de allá abajo,

— ¡A los aeromóviles! — ordenó abruptamente el Coordenador-3 mentalmente, emitiendo poderosas ondas cerebrales a sus semejantes —. ¡Capturadles, cueste lo que cueste! ¡Son dos terrestres y dos traidores *Khrees*! ¡Si escapan, pondrán al mundo en guardia!

En el acto, aquel ejército de invasores se dispersaron, en busca de vehículos con los que partir en persecución de los cuatro fugitivos.

Dawns, cayendo en el asiento del coche salvador, junto a Ada, miró con asombro a los dos *Khrees*. La pareja formada por Kry y su amada les sonrió.

—Les debo mi vida y la de Ada Marlin— dijo roncamente —. Ya estaríamos muertos, de no ser por ustedes, Kry...

— ¿Y qué sería de nosotros, de no habernos perdonado usted la vida, Dawns?—rio el extraño—. Me pareció descubrir que el Coordinador-3 sospechaba de ustedes. Corrí con Kraa, en busca de un

vehículo. Lo robé, y acudí en su ayuda. A poco llego tarde.

—Pero llegó a tiempo. Y acaso, con ello, pueda aún salvarse el destino del Mundo, el destino de la propia Inglaterra. ¡Hemos de impedir que Su Majestad sea también reducido, cuando llegue a Londres, igual que los miembros del Gobierno que le acompañen!

—Sí... ¿pero cómo? — Kry hizo un gesto de tristeza—. Pronto será todo una red de aeromóviles en busca nuestra. Nos aniquilarán a los cuatro, lo sé...

—Nuestras vidas ya no cuentan — le dijo Dawns con firmeza—. Somos auténticos condenados a morir, que jamás podremos salir de aquí. Pero si al menos fuera posible enviar un mensaje fuera de Londres..., advertir del peligro en forma convincente...

—Tampoco le iban a creer, ¿no le parece?

—Sí, posiblemente no me crea nadie, aun en el supuesto de que salga. Necesito pruebas. Ustedes, por ejemplo...

— ¿Nosotros? — Kraa movió la rubia cabeza negativamente—. No, no es posible. Nos debemos a nuestra especie. La envoltura que llevamos es sólo aparente. Somos *Khrees*, y no podemos convivir con ustedes. Seríamos siempre unos extraños inadmisibles...

—Eso ya se vería. Lo importante es que Su Majestad supiera... supiera lo que le espera en Londres. Que pudiéramos salvarle Y que, a la vez, el resto del mundo se enterase...

— ¡Mire! — gritó Kraa, angustiada, señalando por la ventanilla delantera.

Vieron venir la formación de cuatro aeromóviles, dispuestos a cerrar el paso al fugitivo, con una hábil maniobra, sobre las calles brumosas.

Rápido, Kry hizo una maniobra- vertiginosa en el volante. Saltó el coche, por encima de todos los demás, igual que un caballo de carreras demasiado fogoso, espoleado de repente.

Los otros cuatro coches viraron con violencia a sus espaldas, buscando la persecución. Tan violentamente, que dos de ellos chocaron entre sí, con una llamarada, y sus restos cayeron hechos pavesas al negro asfalto mojado.

—-¡Buen golpe! —rio Monty con aspereza—. Más bajas para los *Khree*...

—Son diez millones o más, doctor Dawns—'dijo con gravedad Kry —. ¿Qué importa que eliminemos a unos cuantos?

—Sí, eso es verdad — Dawns frunció el ceño, irritado. Se quitó las gafas, pensativo, mordisqueando el extremo de su varilla de acero—. Si halláramos un medio de acabar coa ellos masivamente... Ya

comprendo que usted no va a ayudarnos a eso, como *Khree* que es. Pero tampoco se lo pido. Simplemente busco un medio, un sistema de aniquilamiento total, de exterminio... ¡tiene que haberlo!

— ¿Bombas atómicas o de hidrógeno? — preguntó Ada tímidamente.

—No es un recurso — sonrió Dawns—. Harían falta más de cien bombas atómicas para acabar con Londres. Y recuerda que 1a radiactividad no les afecta. Kry y su compañera se apoderaron de dos cuerpos que agonizaban por envenenamiento radiactivo, y a ellos no les causó el menor efecto.

—Es cierto —. Ada Marlin se mordió los labios, asombrada—. Casi lo había olvidado ya...

Siguieron avanzando, describiendo zigzags sorprendentes, y rizos asombrosos, entre la densa niebla de Londres. Pasaron ante las altas torres grises del National British Artificial Air, encargado de proveer de aire artificial a la ciudad en casos de emergencia. Dejaron atrás sus gigantescos depósitos metálicos de oxigeno condensado, y el viaje del aerocohete les llevó sobre zonas más oscuras de Londres, en el extrarradio.

Sin embargo, pronto descubrieron un zumbido en las pantallas de radar. Frenéticamente, movió los mandos Kry, tratando de seguir adelante, de salir del casco urbano de la ciudad. Todo inútil. El motor se paró. Hubieron de volver hacia atrás, y el motor recupero su marcha habitual.

Dawns comprendió, con un sordo juramento.

— ¡Sus malditos amigos! —dijo a Kry con ira—. ¡Han descubierto la utilización de los muros magnéticos de aislamiento!

—-¿Qué significa exactamente eso? — preguntó el *Khree* rebelde.

—Significa que han tendido una especie de campana magnética sobre la ciudad, desde sus extremos,

Una red de ondas electrónicas que aíslan y protegen a la ciudad de posibles ataques del exterior, pero que también bloquean por completo a los de dentro. No permite pasar vehículos, ni siquiera aire. Es invisible, pero esa red magnética de remergencia es tan tupida e impenetrable como si fuera de metal o de piedra.

Hubo un silencio.

— ¿No terminará viciada la atmósfera interior de Londres? — preguntó Ada.

—Sí — asintió Dawns, sombrío —. Si eso dura tiempo, se agota el oxígeno, que no logra recibir renovación externa a través de la capa magnética que envuelve a la ciudad, y el carbono nocivo se apodera

de todo.

— ¿Será magnifico para los *Khree* eso? — gruñó Kry—. Yo incluso. Kraa, naturalmente. Eso nos beneficiará.

— ¿Magnifico para ustedes? ¿Por qué? — se sorprendió Dawns.

Kry explicó:

—Porque el aire de ustedes no nos sienta bien, ni siquiera bajo esta envoltura humana. Nos hace estallar las sienes, nuestro cerebro palpita muy ligero… Tiene demasiado oxígeno. En *Khray-Azul* respiramos carbono puro…

Kraa añadió:

—Aunque también soportamos algo de oxígeno.

Dawns asintió en silencio, con la mente sumida en otras ideas.

Kry, tras un largo recorrido durante el cual nada sucedió, observó:

—El combustible de este coche se agota. Debemos dejarlo. Y creo que incluso sería mejor descansar en alguna parte oculta hasta mañana. Con el nuevo día, tal vea se nos ocurra algo práctico, Dawns…

Monty asintió:

—De acuerdo.

Era una idea sensata. Eligieron una zona en sombras. Tras unos altísimos edificios nadaron unos amplios cobertizos, y en uno de ellos introdujo hábilmente Kry el vehículo. Dawns admiró su habilidad. Ada, olvidando sin duda que Kraa no era precisamente una mujer, a pesar de su físico humano, hablaba con ella como lo harían dos amigas de la infancia.

Evidentemente, pensó Monty, si todos los *Khrees* hubieran sido como esta singular pareja, el problema de aquella atroz invasión no existiría…

En realidad, ya no hubiera habido ninguna invasión de índole bélica.

Los cuatro bajaron del vehículo.

Resolvieron formar dos turnos de vigilancia durante las horas de la noche. Y por primera vez en su existencia, Kry y su compañera durmieron como los seres humanos.

Su sueño fue tranquilo.

Por primera vez también, cuando le tocó a él el turno, Monty Dawns veló el sueño de dos seres nacidos a miles de millones de millas de distancia de su mundo…

Durante su guardia, Monty trató, inútilmente; de hallar una

solución.

Durante la noche, el sueño de Dawns fue inquieto. Tuvo pesadillas, y una idea parecía rondar su cabeza. Una idea obsesionante. Algo que parecía decirle insistentemente:

«Sabes cómo vencerlos… Sabes cómo vencerlos… Recuerda… Recuerda… Recuerda… Sabes cómo vencerlos…»

Despertó bañado en sudor, sin saber qué forma había de vencerlos. Su propio afán le prestaba alas a su imaginación.

Ingirió una nueva píldora de su eficaz droga mental. Otra fue tomada por Ada sin protestar. Poco después empezó a nacer el día. Un día gris, nuboso, mojado y triste. Triste como el mundo, corno aquel Londres, inmenso cementerio de hombres…

CAPÍTULO X

LA VICTORIA



ARA ser una noche de pesadillas tan atroces, no he dormido mal del todo — confesó Dawns, desperezándose al despertar—. ¿Y tú, Ada?

—He tenido sueños espantosos. Horribles monstruos azules nos atacaban, y vivíamos en un mundo en ruinas donde todos habíamos perdido la lengua y no podíamos hablar — se estremeció—. Pero ni siquiera la pesadilla lograba igualar a la realidad.

—Dormir como un ser humano es dulce y agradable—.declaró Kry—. A pesar de la composición de esta atmósfera terrestre.

— ¿Y qué vamos a hacer ahora? — preguntó Kraa—. Ni siquiera sabemos dónde estamos...

—Sí, creo saberlo — asintió Dawns, estudiando los alrededores del cobertizo enorme, especie de hangar, donde se habían refugiado. Se asomó a una vidriera—. Esto pertenece a la parte posterior de las grandes factorías de la National British Artificial Air. Ahí veo sus torres grises, sus enormes tubos y bidones de oxígeno prensado...

Se detuvo de golpe. La palabra le había herido vivísimamente, sin saber por qué. ¡Oxigeno!

Recordó unas palabras de Kry, dichas la noche antes: «... El aíre de ustedes no nos sienta bien, ni siquiera con envoltura humana... Tiene demasiado oxígeno...»

Oxígeno... *¡Oxígeno!*

Un conducto de vida, de aire y vitalidad para los humanos... ¿podía ser muerte para otros?

Procuró que nadie descubriera sus pensamientos. No desconfiaba de Kry ni tampoco de su inseparable Kraa. Pero sus pensamientos podían ser captados por sus Coordinadores. Y echar a rodar el fantástico proyecto que empezaba a anidar en la mente trastornada de Monty Dawns.

—Veo ahí algunos coches de la factoría, en hilera. Todo parece desierto de empleados, guardianes y obreros. Fábricas, factorías y

grandes industrias están abandonadas por los falsos humanos. Cogeremos uno cualquiera para nuestro uso particular... ¡Vamos!

Salieron del cobertizo los cuatro compañeros de peripecias, formando dos parejas. Delante, Monty abría paso. Sus ojos estaban fijos en un velocísimo modelo de aeromóvil, de grandes reactores. Había pocos aún de aquella clase. Si tomaban ése, y tenían la fortuna de que funcionaba bien, sería muy difícil que nadie les diera alcance.

Hubo suerte. El vehículo funcionó bien. Hizo sentar a Kry a los mandos. Los ojos de Monty estaban fijos en los grandes, enormes, depósitos de oxígeno.

— ¿Pongo ya en marcha el aeromóvil? — preguntó Kry.

—No, espere un momento — pidió Dawns.

Se inclinó en la cámara de reactores. Con sumo tacto abrió la pila atómica que generaba energía. No necesitaría mucho. Se puso los guantes aislantes a la radiactividad, que se llevaban en todos los vehículos, para reparaciones en la pila nuclear, y con el mayor tiento, extrajo uno de los pequeños hexágonos grises, que encerraban materia nuclear. Volvió a cerrar la cámara.

—Ahora puede arrancar, Kry...

Lo hizo. El vehículo, de un intenso y fulgurante azul, salió disparado al espacio. Pronto los detectores de radar avisaron que no podía alcanzar mayor latitud, por la campana electrónica que envolvía a la ciudad. Dawns sonrió diabólicamente. Era lo que quería comprobar. Se acercó a Kry.

—Bajemos otra vez—-pidió—. Planee sobre esa fábrica que hemos abandonado. Pare un momento los motores, y siga cuando yo le avise. Quiero comprobar algo...

Kry asintió. No podía leer los pensamientos de Dawns. Éste se felicitaba por ello. Era mejor así, por leal que fuera Kry, y por enemigo que se sintiese de sus semejantes de aquel mundo lejano. Lo que podía ocurrir entonces no iba a gustarle. Nada en absoluto...

El aeromóvil azul descendió, con un majestuoso planear. En la distancia, puntitos en movimiento describieron ráfagas de humo blancuzco. Otras naves aéreas empezaban a remontar el vuelo en busca de ellos.

Monty no podía perder tiempo. Gritó a Kry:

— ¡Ahora! ¡Pare los motores!

Los paró el *Khree*. Dawns, veloz, abrió la ventanilla. Lanzó sobre los depósitos de oxígeno la celdilla atómica. Luego chilló:

— ¡Arriba, arriba y lejos, Kry! ¡Nos va en ello la vida!...

La celdilla atómica, sin su envoltura anti inflamable, cayó hacia

los grandes depósitos que almacenaban millones de toneladas de oxígeno, absorbido de la atmósfera, en previsión de casos en que fuera preciso crear aire artificial.

La fricción y el golpe provocaron el estallido de la pequeña cápsula nuclear. El impacto sobro el metal de los grandes depósitos bastó. Con un chispazo cárdeno, brotó una densa columna de humo. Se rasgó la envoltura metálica de los depósitos.

En el acto, millones de toneladas del elemento del aire respirable de la Tierra escapearon en sibilante chorro invisible, comenzando a invadir en proporción aterradora el aire.

— ¡Eh! —gritó Ada—. ¿Qué es lo que has hecho, Monty? ¡Esos depósitos...!

—Eran de oxígeno...

— ¡Oxígeno! — saltó Kry, alarmado—. ¡Eso es como veneno para nosotros y...!

—Sí, eso me pareció oírle—rio Monty—. Por eso he probado a poner en marcha un sistema de envenenar a su gente. Kry, lo siento, pero es una guerra. Caiga quien caiga. Ese oxigeno invadirá 1a. zona de Londres en minutos escasos. Ahogará en una proporción colosal al resto de, componentes atmosféricos, y la presión sanguínea crecerá notablemente en nosotros los humanos. Y en ustedes, los *Khrees*, ¿qué sucederá?

— ¡Que caeremos como moscas! ¡Abatidos por el oxígeno, que hará estallar nuestras cabezas — se horrorizó Kry.

—-Exactamente lo que yo esperaba.

—Pero el oxígeno se extenderá en mucha distancia, perderá su efecto... —musitó Kraa, esperanzada.

—No. Nada de eso — respondió Dawns —. La propia campana magnética que ellos han extendido para que no escapemos frenara la escapatoria del oxígeno, que se quedará dentro de Londres... sin poder perforar esa campana de magnetismo electrónico.

Kry inclinó la cabeza sobre los mandos. Anonadado, musitó:

—-Es horrible..., pero tiene derecho a hacerlo. Antes lo hicieron los míos con sus hermanos de raza, Dawns. Ahora usted devuelve el golpe. ¿Sabe una cosa? Esto costará diez millones de muertos a mi planeta... y la convicción de que jamás podrán invadir un mundo tan difícil de vencer como el suyo.

—A nosotros también nos habrá costado diez millones de muertos, Kry. Pero habremos ganado la guerra. Y no volverán nunca sus semejantes, Kry, porque sabrán que aquí no pueden hacer nada... Eso será lo único que ganemos en la pugna.

— Si, Dawns, hace bien — miró con ternura a Kraa—. Solo lamento este final… por ella. No se merecía la muerte.

— ¿Quién ha dicho que ustedes han de morir?

—Yo— alzó los ojos a las alturas—. O acaso, como dicen ustedes, el Sumo Hacedor. Somos seres *Khrees* también, aunque amigos. Tenemos la misma debilidad de nuestros hermanos. Moriremos bajo el efecto de ese oxígeno.

—Kry, sabes que en vida o en muerte mi cariño por ti será el mismo— susurró Kraa, yendo junto a él—. Te dije que esto terminaría mal para nosotros.

Y así ha sido…

Dawns no dijo nada. Se limitó a mover un mando de la nave. Luego, pidió a Kry;

—Por favor, déjeme a mí, Kry… Yo conduciré ahora…

Kry le dejó el sitio. Fue a ocupar un asiento posterior, con Kraa. Ambos se decían desesperadas frases de despedida. Dawns, impertérrito, conducía la nave. Ada se sentó a su lado. El aeromóvil de último modelo describía curvas y curvas sobre un Londres muerto, desierto, anquilosado.

—Dios mío, Monty, has logrado sin duda algo grande — musito ella suavemente—. Pero es lástima que la victoria final llegue a costa de la vida de dos buenos amigos como Kry y ella… a quienes debemos la vida, aunque tú se la perdonaras a ellos.

—Yo no soy un ser sin alma, Ada. Como tampoco lo son Kry, ni esa muchacha del planeta azul. Entre tantos millones de seres despiadados y fríos, surgieron dos *Khrees* gemelos en sensibilidad y espíritu…, y surgió el amor, la sinceridad y la fe. No puedo asesinar a esos muchachos, que llevaron sus escrúpulos a «ocupar» dos cuerpos moribundos, en vez de arrancar vidas en flor. Por eso he accionado el aíre artificial de este aerocohete. Vamos a esperar en el aire el resultado de este intento. Si triunfa, y mueren los *Khrees,* al no poder controlar nadie los mandos de los generadores magnéticos, la campana acabará debilitándose y la podremos cruzar. Para entonces el oxígeno habrá cumplido su misión. Y diez millones de muertos compensarán de los diez millones que ya murieron antes, aunque parezcan vivir aún, arrastrándose como autómatas por esas calles desoladas…

— ¿Y Kry y ella?

—No sé. Es posible que vivan. El aire de aquí es respirable. Incluso puedo reducir la dosis de oxígeno, sin perder su pureza para nosotros en un grado perjudicial o peligroso.

—Es decir que... quieres salvarles.

—Sí.

— ¿Para que vuelvan a su mundo, allá en las estrellas o...?

—-Eso... es cosa de ellos, Ada—-se encogió Dawns de hombros—. Yo no puedo tomar decisiones por ellos. Lo que si puedo decirte es que si esto resulta bien, y dentro de un día o de dos comparezco ante su Majestad a contarle el increíble horror que ha costado al mundo tantos millones de seres en unas pocas horas, yo...

* * *

Su Majestad contempló a los cuatro personajes alineados ante él.

De ese modo, a la luz del día, era más tolerable, menos escalofriante el espectáculo de aquel Londres que el dejara lleno de vida, de luz y de aliento... ahora un vasto, colosal cementerio de millones de seres. Muertos en las calles, plazas, edificios, escaleras, avenidas, por doquier. Como un hormiguero sin fin, aniquilado por un raro insecticida.

El silencio de muerte, la quietud de la ciudad, sólo se quebraba por el crepitar de los grandes hornos crematorios, convirtiendo en cenizas los restos de tanto ser humano, antes de que la corrupción llenara de microbios la atmósfera.

—Vuestra historia es inaudita, doctor Montgomery Dawns —declaró el Rey.

— Sí, Majestad. Totalmente increíble... si no la atestiguaran diez millones de cadáveres... que ya lo eran antes de caer por segunda vez. Ahora lo único que hemos hecho es vengar su horrible fin anterior.

—-El oxígeno dio resultado, por lo que veo — dijo el Rey, sombrío.

—Tenía que darlo, Majestad — asintió Monty—. Era su único punto débil.

— ¿Y cómo lo supiste tú, doctor Dawns?

—Pues me... me lo dijo un *Khree*. Uno de «ellos»...

— ¿Uno de... esos monstruos? ¿Cómo, doctor?

Dawns cambió una rápida mirada con Kry. Éste apretó su mano en tono al brazo de Kraa, que sujetaba firmemente. Parecía inevitable acusarle de lo que realmente era.

Pero Dawns, lo mismo que salvara sus vidas cuando el desesperado recurso de dar escape al oxigeno comprimido, que invadiera Londres, matando como moscas a sus invasores, les libró también ahora de lo que podía ser fatal destino.

—Su mente era tan poderosa, que logré captar sus reflejos, sus pensamientos. Vi que le tenían horror al oxígeno. Lo demás ya no era difícil. Y menos, para un médico…

Su Majestad asintió. Sus preguntas fueron luego a Ada. Ella respondió serenamente. Kry y la muchacha del planeta azul supieron también cumplir con su compromiso.

La escena tenía lugar en las afueras del agónico Londres. Allí se había acampado por orden real, cuando su Majestad se encontró, como única recepción en el aeropuerto a aquellos cuatro personajes. Tras enviar informes al resto del mundo, el Rey había querido conocer todos los detalles, en tanto su séquito se cuidaba de explorar la ciudad y de pedir refuerzos urgentes de todas las ciudades cercanas, para limpiar de muertos la que fuera primera metrópoli de Europa.

Sin duda volvería a serlo con el tiempo. Cuando otros Ingleses crearan allí una nueva ciudad. No había ruinas, no había escombros. Solamente muertos, silencio, quietud, aniquilamiento total.

Monty no sentía remordimiento por ello. Había aniquilado así la base para la futura invasión del mundo por los *Khrees*. Al morir ellos, se cortó todo contacto con su mundo. Allá, bajo la luz fría de Algol, otros Coordinadores advertirían el desastre y resolverían probar fortuna en planetas más fáciles de conquistar. La vieja Tierra era difícil de vencer. El Hombre era aún el primer ser inteligente y heroico del Cosmos…

Su Majestad ordenó que fueran atendidos los cuatro como auténticos privilegiados. Se les proveyó de todo, y se les nombró primeros ciudadanos especiales de la Nueva Londres del futuro.

Kry lo comentó, burlón:

— ¡Yo, ciudadano de Londres! Eso tiene gracia, Kraa…, señorita londinense.

Rieron todos. Monty Dawns miró al cielo, hacia Perseo, Siempre le había gustado contemplar el firmamento. Ahora no miraría nunca hacia la parpadeante Algol, la estrella misteriosa llamada «del Diablo» en la antigua Persia, sin estremecerse de horror.

— ¿Crees que algún día vendrán otra vez tus hermanos, Kry? —preguntó.

El denegó lentamente con la cabeza, mirando a su remoto mundo también.

—No. No creo que vengan. Como una semilla, se lanzaron sobre la Tierra. Llegamos surcando los espacios, proyectados por grandes trasladores de materia. Pero no volverán. Estaba resuelto ya antes de atacar a la Tierra. Si se fracasaba… no se intentaría de nuevo. Y probarían sobre otro planeta habitado del Cosmos.

—-Esperemos que también ésos sepan defenderse como nosotros nos defendimos, Kry... Dime, ¿vas a saber adaptarte a tu nueva vida, como un auténtico ser humano?

— Yo me siento feliz así. — Kry sonrió dulcemente, acariciando los cabellos de Kraa—. Te doy gracias por todo, Dawns. Creo que ser hombre y mujer es algo maravilloso. Me gusta tu mundo, me gusta tu modo de vida... Me gusta todo lo de este planeta. Porque uno es libre, porque uno puede amar, sentir, soñar... y creer en que Alguien nos creó y a si nos debemos, seamos de la raza que seamos.

—Sí, Kry — suspiró Dawns, rodeando con su brazo a Ada—. Creo que vais a ser unos buenos terrestres... y unos magníficos londinenses. Me alegro de que nuestra extraña amistad, tan extrañamente nacida también, haya terminado así...

Se apartaron ambos de Kry y de Kraa, los flamantes «terrestres» que habían ganado por sí mismos su derecho a una nueva vida, lejos de la abyecta y fría esclavitud de los *Khree*, porque supieron tener espíritu, amar y sentir, rodeados de seres helados, inermes y despiadados como autómatas de destrucción...

— ¿Feliz tú también, Monty? — preguntó ella suavemente.

Éste contestó:

—Sólo a medias. Todo lo hemos perdido. Ada. Pacientes, amigos... Una gran capital entera, borrada virtualmente del mapa...

—Eso no lo pudiste evitar. Ni tú ni nadie, Monty... Hemos perdido mucho, sí. Pero también hemos ganado mucho, cuando todo estaba ya perdido. Hemos ganado el mundo entero, que ya era de ellos. Por tu valor, tu heroísmo, tu sagacidad, tu fe en la victoria... cuando mayor era el desastre.

—Es posible que ahora me reconozcan todas esas maravillosas virtudes que has citado, Ada. Pero yo, siempre, y por muchos años que pasen, recordaré el más terrible momento de esta pesadilla abominable y cruel...

— ¿Cuál fue, Monty?

—Aquel en que me vi deambulando por las calles, en busca tuya... creyéndote también perdida para siempre, convertida en uno de «ellos»... y, por un momento, me creí el único ser normal en el mundo, a solas con mi cerebro...

—Sí, querido. Tuvo que ser espantoso...

—Luego, te encontré. Y aun en medio del horror, todo varió para mí. La luz de la esperanza, de la fe, me hicieron luchar. Por la Humanidad, por el Mundo, por Inglaterra y por mi Rey..., por ti, Ada, que simbolizabas todo eso...

— ¡Oh, querido…! — se inclinó sobre él, le besó—. Eres maravilloso…

—Y tú, criatura…— la devolvió el beso, descubriendo en los profundos ojos de la muchacha el centelleo lejano de los astros. A pesar de la reciente pesadilla, hasta las estrellas, tan amenazadoras poco antes, le parecieron sublimes, radiantes é incomparablemente hermosas…

FIN

Alain, precedido por el gendarme, empezó a mirar los cuerpos que habían sido depositados junto al tren descarrilado.

¡Y de repente se estremeció, horrorizado hasta lo más profundo de su ser, sin acabar de dar crédito a sus desorbitados ojos!

¡PORQUE ALLÍ, CON SUS MISMOS RASGOS, SU MISMA ROPA, INCONFUNDIBLE, ESTABA SU PROPIO CADÁVER!

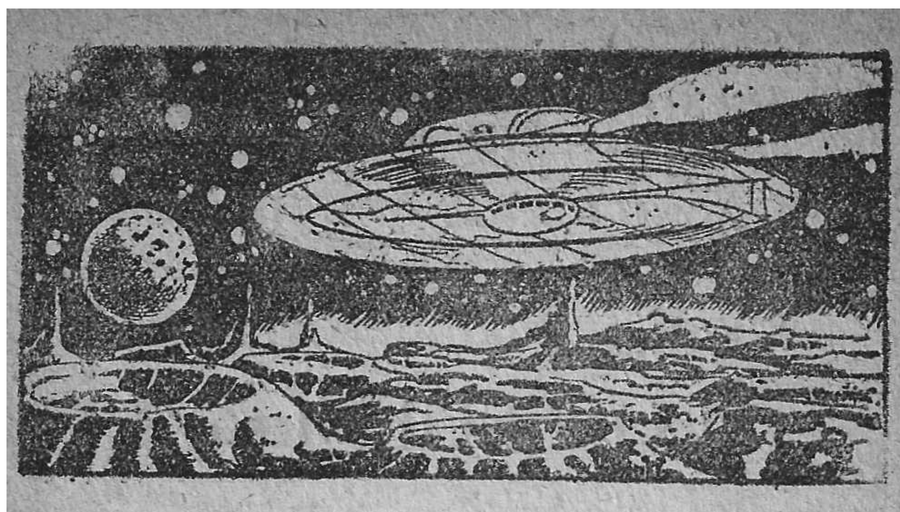
Agente de las estrellas

¡NUNCA LEYÓ USTED NADA TAN EXTRAÑO Y ENLOQUE-CEDOR COMO ESTA NOVELA QUE EL INIMITABLE

L A W   S PACE

LE OFRECERÁ LA PRÓXIMA SEMANA!

Agente de las estrellas



¡EL ESPACIO INFINITO!

Es de noche, sobre nuestras cabezas a inconmensurables alturas y envueltas en un silencio que ni los mayores cataclismos logran turbar, las estrellas brillan en las misteriosas negruras del cielo. ¿Qué secretos esconden? ¿Qué estremecedoras maravillas nos podrían mostrar? El hombre contemporáneo solo puede suponer… y soñar.

Colección ESPACIO

LE TRASLADARÁ COMO EN UNA FANTÁSTICA ASTRONAVE. A ESTOS MUNDOS IGNOTOS DONDE USTED VIVIRÁ YA EN EL MAÑANA.

Colección ESPACIO

193. — El espejo negro. — *Johnny Garland*.

194. — Gladiadores cósmicos. — *H. S. Thels*.

195. — El hombre marcado. — *Law Space*.

196. — Mientras brillan las estrellas… — *H. S. Thels*.

197. — La gran profecía. — *Johnny Garland*.

198. — Los tecnócratas. — *H. S. Thels*.

199. — Deshumanización. — *H. S. Thels*.

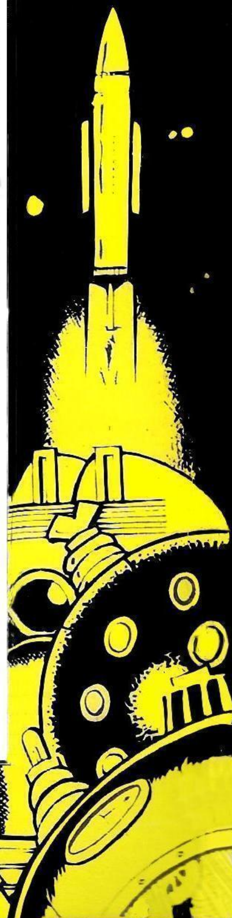
200. — Tierra núm. 2. — *Clark Carrados*.

201. — Suero revelador. — *Law Space*.

202. — Arenas rojas. — *Johnny Garland*.

203. — ¡El silencio de la Tierra! — *Law Space*.

204. — ¡Sólo mi cerebro! — *Johnny Garland*.



Escena de la película LA CIMA DE LOS HEROES

(United Artiss. CB Films)

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 8 pesos